# NINA LA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ALFONSO DANVILA

---

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA LA NOCHE
DEL 21 DE ENERO DE 1903

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1903

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| **Ninica** | Sra. Pino. |
| **Mercedes** | Srta. Bremón. |
| **Vicenta** | Sra. Caro. |
| **La Cosquillas** | » Rodríguez. |
| **Lilí** | Srta. Catalá. |
| **La Pizca** | » Santiago. |
| **Fermina** | Sra. Domínguez. |
| **Petra** | Srta. Tejada. |
| **Eduardo** | Sr. Morano. |
| **Pepe Orense** | » Gonzálvez. |
| **Miguel** | » Tallaví. |
| **Mr. Ossian** | » López Alonso. |
| **Rafael** | » Mata. |

**La escena en Madrid.—Época actual.**

*Derecha é izquierda, las del espectador.*

# ACTO PRIMERO

Un salón adornado con elegancia y sobriedad; puerta en el fondo, que da al recibimiento; á la izquierda de esta puerta una gran ventana; á la derecha una chimenea con fuego; á un lado y á otro de la decoración, puertas: la de la derecha, correspondiente al cuarto de Mercedes: la de la izquierda, al comedor. Los muebles forman dos grandes grupos, uno cerca de la chimenea, y otro á la derecha, cerca de la puerta del comedor. En este segundo grupo, una mesa con recado de escribir. El decorado serio y lo más señoril posible.

## ESCENA PRIMERA

**Rafael, Fermina,** después **Mercedes.**

RAF. (Cruza desde la puerta del comedor á la del cuarto de Mercedes y llama allí respetuosamente.) ¡Fermina! ¡Fermina! ¿Sabe la señora que el señor Barón está esperando desde hace un rato, sentado á la mesa? Dígale que haga el favor de venir, porque el señor tiene una debilidad horrible y se verá precisado á empezar á comer si no llega pronto. ¿Se entera usted? ¡Bueno! (Vuelve á recorrer el mismo camino de antes y al llegar á la puerta del comedor aparece Fermina.)

FERM. (Saliendo del cuarto de Mercedes.) ¡Eh, Rafael, Rafael! Hombre, no sea usted tan súpito. La señora Baronesa dice que aún no son las

722753

dos, y por consiguiente, no tiene apetito. Que vaya comiendo el señor y que en seguidas sale. ¡Ah! ¡Y que ya podían haberle advertido la mudanza de horas en las comidas!

RAF. ¡Pues diga usted que vale la pena de hacerlo por diez minutos!

FERM. Bueno, usted dé su recado y no se meta en más historias.

RAF. (Murmurando.) ¡Sin pretensiones! ¡qué barbaridad! ¡Me parece á mí que entre la señora y la criada, nos van á....!

FERM. (Idem.) ¡Me cargan estos tíos que han servido de solteros á los señores, porque se ponen unos moños y usan de unas maneras!

(Rafael se marcha por la puerta del comedor al tiempo que entra en escena Mercedes, vestida con un traje elegante de mañana.)

MERC. (Saliendo de su habitación.) ¿Qué, qué te ha dicho ese mastuerzo?

FERM. ¡Nada, señorita! ¡Hasta los gatos quieren zapatos!

MERC. ¿Preguntó esta mañana el señor si yo había salido ó no?

FERM. (Desabrida.) Creo que se ha levantado muy tarde y que no ha dicho nada que no sea gritar.

MERC. ¿Gritar? Pues le aconsejo que no siga, porque estoy fatal de mis nervios. ¿Lleva mucho tiempo esperando?

FERM. Media horita larga.

MERC. Voy, voy, no se le ocurra decir que tardo. Quédate aquí y haz lo que te dije, á ver si podemos averiguar alguna tramoya más. (Desaparece por la puerta del comedor.)

## ESCENA II

**Fermina,** después **Vicenta.**

FERM. ¡Que haga lo que me ha encargado! ¡Bueno, bueno está el par de tórtolos! Da más gana de mandarlos á la escuela que de tra-

tarlos como personas formales. ¡Que no se te olvide mirar los bolsillos! ¡que registres el cesto de los papeles! ¡que te fijes si hay algún pelo ó algún hilo en la levita! ¡que repares á qué huele el pañuelo! Y lo peor es que, mientras hago yo este oficio, el dichoso Rafaelito estará esperando el momento de entrar en el cuarto de la señora para ejecutar lo mismo y dejar todo aquello manga por hombro. (Cuando va á salir por la puerta de la derecha se detiene escuchando.) Parece que han abierto la puerta de abajo. (Asomándose por la del fondo.) ¡Es la señora Marquesa! ¡Qué gusto! Cuando entra en la casa, parece que viene la razón y el sentido común.

(Antes de entrar Vicenta, se oye ruido de platos en la primera puerta de la izquierda, donde se supone que están comiendo Mercedes y Eduardo.)

VIC. (Viste traje de calle.) ¡Hola, Fermina! ¿Y los señoritos? ¿dónde están?

FERM. Almorzando. Si quiere la señora pasar al comedor...

VIC. No; acabo de levantarme de la mesa y no tengo ganas de ver más comida; los esperaré aquí. (Se sienta.) (Después de una pausa y en tono confidencial.) ¿Ha ocurrido alguna novedad? ¿Sigue todo como ayer?

FERM. Que yo sepa, nada. La señorita salió esta mañana y volvió muy nerviosa. El señor Barón no se levantó hasta muy tarde y ninguno de los dos se vió hasta encontrarse ahora mismo en el comedor. (Vicenta queda profundamente pensativa. Fermina al cabo de un rato dice en voz baja.) ¿Me necesita para algo la señora?...

VIC. No... es decir, sí; no te vayas. A ti se te puede decir todo. Te has criado desde chiquitita en casa. Cuando se casó mi hija, en la edad en que otras niñas juegan aún á las muñecas, te puse á su lado para que la sirvieras, más que como criada, como consejera.

FERM Creo que la señora no estará descontenta de mí, porque yo hago cuanto puedo.

VIC. Al contrario, estoy satisfecha y te agradez-

co cómo te portas; lo que me aflige es que ni tú ni yo bastamos para componer lo que al parecer no tiene compostura.

FERM. La señorita es muy buena y quiere mucho á su marido.

VIC. Sí; pero no es bastante querer á una persona, es preciso además saber quererla; la señorita, como tú dices, es una criatura mimada, no posee ese ten con ten que necesitan los hombres. No es oportuna: ó cae en un extremo ó en otro, y en la mayor parte de las ocasiones es imprudente.

FERM. ¡Es que el señor Barón!... ¡caramba!

VIC. Eduardo es un trasto, aunque muchas veces no tenga él sólo la culpa de lo que hace. Le educaron como si fuera una mujer. Le casaron apenas cumplió los veintitrés años, porque decían que no había que temer nada de una cabeza tan sentada, y ahora pagamos nosotros las consecuencias de aquellas profecías.

FERM. En el fondo yo creo que el señor Barón continúa enamorado de la señorita.

VIC. En el fondo no te digo, pero, hija mía, en la forma, que es la que más cerca se ve, deja bastante que desear. Naturalmente que el fondo es lo que importa, pero cuando está muy profundo, se ahoga uno antes de llegar hasta él, y, ya ahogado, maldito lo que importa entonces que sea de miel y jalea. No sé, no sé; me esfuerzo en buscar la solución y no la encuentro... quizás algún suceso inesperado, imprevisto... un hijo... quizás alguna experiencia arriesgadísima... ¿Quién sabe? ¡acaso los años!... ¡Pero es tan triste y tan remota la esperanza de que cuando ya no tengan juventud se encuentren con una felicidad de que no puedan disfrutar, y que cuando sus cabellos empiecen á blanquear resucite en sus corazones la llama del amor, que sólo vive de entusiasmos, que sólo se alimenta de energías y que aborrece todo lo que es viejo y caduco! (Volviendo á la realidad y dirigiéndo

se á Fermina ) ¿Dices que no ha sucedido ayer ni hoy nada de particular?

FERM. No, los señores salieron anoche y la señorita volvió temprano. Pero estaba tranquila y se acostó sin decirme nada.

VIC. (Hablando consigo misma.) ¡Esparticular!...yocreí... Será una ilusión de mis ojos. Y eso que de estos niños modelo se puede esperar todo, cuando descarrilan. (Llaman á la puerta.) Parece que han llamado. Vete, Fermina, no murmuren los demás ¡Adelante! (Entra Pepe Orense.) ¡Ah! se me olvidaba. Hice tu recomendación y me parece que á tu sobrino le darán las obras de casa de mi hermano. ¡Hola, Pepe!

## ESCENA III

**Vicenta y Pepe Orense.**

PEPE. (Entrando.) ¿Usted aquí sola, amiga Vicenta? ¿y esos jóvenes? ¿dónde están?

VIC. Almorzando; es el único momento en que se sienten personas formales. Si quiere usted pasar...

PEPE. No; prefiero aguardarlos aquí con usted, si no la molesto.

VIC. Al contrario, y le agradezco la intención porque iba yo á escribirle si quería usted venir á comer conmigo para hablar seriamente...

PEPE. Pues aceptada la invitación para mañana, y la conversación para hoy, ó para cuando usted quiera. ¿De qué se trata?

VIC. ¿De qué se ha de tratar? De lo que continuamente me preocupa. De este par de gansos que con sus peloteras me están amargando la vida.

PEPE. Muy bien; pero no veo en qué puedo serle útil. Aunque creo que Eduardo me tiene amistad, ya sabe usted su genio voluntarioso y lo poco que se deja guiar por los extraños. Con tal de seguir su primer im-

pulso y no pasar por un gurrumino que no conoce el mundo por el forro, es capaz de las mayores atrocidades.

VIC. Es una compasión. Porque mire usted que parece que debían ser felices. ¿Qué es lo que los separa? ¡Nada! Y sin embargo... ¡Si usted hablara con Eduardo, si le predicara!...

PEPE. Inútil, amiga Vicenta, inútil; en lugar de ganar, perdería el escaso ascendiente que hoy tengo sobre él. Ya ve usted... predicarle con el ejemplo no podría, y, en cuanto á los sermones, ya sabe usted por experiencia el efecto que producen cuando los ánimos están apasionados. Desengáñese usted; si el remedio no sale de ellos mismos y ellos mismos no vuelven á encender el fuego que se está apagando en sus almas, nosotros no servimos, desgraciadamente, sino para muy poca cosa.

VIC. Me desanima usted. Es terrible esto de tener las manos atadas cuando se trata de la felicidad de lo que más queremos en el mundo. Va usted á dispensarme que me meta por terrenos resbaladizos y hable con usted de cosas que sería preferible disimular, pero á mi edad se puede discurrir sobre todo. ¿No habría medio de alejar á Eduardo de esa mozuela, de esa Ninica dichosa, que me han dicho le está volviendo loco desde hace algunos meses?

PEPE. Dificilillo es. ¡Para que he de engañar á usted! Porque, aquí que no nos oye Mercedes, cuanto más afloja ésta los lazos que la unen á Eduardo, aprieta más la otra las cadenas que le van esclavizando á ella, y como la Ninica es lista y tiene mucha gramática parda, le cuesta poco el conquistar á Eduardo. No crea usted, sin embargo, que se trata de una pasión por parte de él ni de ella, sino que esa mujer es la que más ha chocado á su yerno de cuantas ha conocido hasta ahora, y como el tal conocimiento ha empezado hace muy poco...

VIC. No, pues lo que es ella bien procura acapararlo. Ahora mismito, cuando yo venía, me ha parecido verla parada en lo alto de la calle dentro de su coche. (Rafael cruza la escena llevando una carta sobre una bandeja y entra en el comedor; al entrar deja la puerta á medio abrir.)

PEPE. Eso no diría que no, porque es disparatadísima, y lo que se le ocurre, lo hace. Lo mismo si es una buena acción que una picardía. Precisamente es una de las cualidades que más encantan á Eduardo y por la que la llamamos á ella Nina la loca. Sin embargo, en el fondo no es mala persona, y hasta es un poquito romántica y capaz de grandes cosas, á su manera... Lo que es por mí, comprendo perfectamente que...

VIC. ¡No sea usted tonto! ¡Defiéndala usted! ¡Qué tremendos son todos! Y eso que yo los prefiero así, corridos y un poco camastrones, á esos angelitos de crema y azúcar del tipo de mi yerno, que de solteros no han roto un plato, yo no sé si por cálculo ó por no tener dinero, y que al año de casados enseñan la oreja y les resulta insuficiente la fábrica de Sèvres.

PEPE. ¡No sea usted exagerada!...

VIC. ¿Que no sea exagerada? Pues, hombre, no sé qué quiere usted. ¡Si me quejo de gusto! De las que yo sé, la primera fué la Charito; después le dió por lo fino y fué Nené Lima; después encontró más cómodo mezclar lo uno y lo otro y fueron Trini Arévalo y la Mimí; luego, ¡qué se yo! ¡el diluvio! hasta que por fin vino la dichosa Ninica, y sí es verdad que ha conseguido encauzarle un poco, pero ha sido como á los ríos cuando les levantan la presa, para que la caída sea más profunda y la fuerza mayor.

PEPE. ¿Y Mercedes ahora sabe?...

VIC. Mercedes se enteró desde el primer día y desde el primer enredo. Ignoro cómo; lo adivinó, lo leyó en los ojos de Eduardo. Y desde aquel día se acabó la paz. En vano predicaba yo cordura: su falta de expe-

riencia, unida á su orgullo y su amor ultrajados, le hacían cometer torpeza tras torpeza, obrar en sentido contrario de lo que debiera, producir á cada paso escenas violentísimas, empeñarse en pretensiones ridículas. Lo único que he podido conseguir hasta hoy es que no se separen y acaben de dar el escándalo, porque nunca pierdo la esperanza de que esto se arregle, de una manera ó de otra. Lo terrible es que Mercedes se ha conducido de modo, que Eduardo tiene hoy la seguridad de que su mujer le odia y le desprecia, y que ella misma lo crea así, mientras yo sigo convencida de que le ama con más violencia que nunca, aunque sea capaz de dejarse matar sin confesarlo.

PEPE. ¿Y conforme pasan los días?...

VIC. ¡Hijo mío! salimos á escena diaria, á melodrama cada hora, á disgustos que pueden acabar el día menos pensado de una manera violenta y definitiva, si Dios deja á Mercedes de su mano. (En este momento se oyen gritos y exclamaciones de la parte del comedor.)

EDUD. (Dentro.) ¡Esto es insoportable! ¡No se puede vivir tranquilo ni un momento!

MERC. (Idem.) ¡Es claro! Te has empeñado en amargarme la vida y lo estás consiguiendo.

(Siguen las voces sin que pueda entenderse lo que dicen.)

VIC. (Levantándose.) ¿No decía yo? Estas son las primeras gotas. Preparémonos á abrir el paraguas.

PEPE. (Idem.) Yo no aguardo el pedrisco. Como no tengo nada que decir á Eduardo, me marcho.

VIC. Hace usted bien. Estas son cosas muy desagradables. Hasta mañana, ya sabe usted, á las ocho. Allí seguiremos la conversación.

PEPE. (Despidiéndose.) No, no. Si yo creyese que iba á servir de algo, me quedaría; pero como comprendo que en estos casos los extraños estorbamos, me voy antes de que me echen. Hasta mañana, y que no sea nada. (Vase.)

## ESCENA IV

**Vicenta, Mercedes** que sale furiosa por la puerta de la izquierda y detrás de ella **Eduardo,** igualmente indignado.

MERC. ¡Ea, mi paciencia se agotó! Estoy harta, harta, hasta el pelo, y no quiero aguantarte más, ni pasar por idiota. ¡Hola, mamá! Me alegro mucho de que hayas venido.

EDUD. También yo celebro verte, porque llegas á tiempo.

VIC. Pero...

MERC. No, no, déjame contar lo que... ¡Figúrate que ya no puedo soportar!

EDUD. Si el que no puede soportar tanta estupidez soy yo...

MERC. Calcula que sobre todas las que me ha hecho últimamente, y después de pegármela con quien le da la gana...

EDUD. No seas tonta, dí que tengo un serrallo.

MERC. Pretende ahora llevar el cinismo hasta pasearme sus conquistas por delante de las narices. ¡Y como ya no le basta con mis amigas!...

EDUD. Valiente colección de fachas. En cuanto alguna mejore, riñe con ella.

MERC. Pues ahora se dedica el niño á...

EDUD. (Cogiendo á Vicenta por un brazo.) No hagas caso; está loca, loca.

MERC. (Idem id.) Escúchame, que para eso eres mi madre.

EDUD. Tu hija vive en las nubes. No sabe lo que es la vida.

MERC. La vida que desconozco es la que tú quieres llevar.

(Conforme hablan, van aproximándose, teniendo en medio á Vicenta, como si fueran á arañarse.)

EDUD. Pues bien te gusta, á pesar de tanto aspaviento, y bien tomas tu partido para consolarte.

MERC. ¡Hombre, sólo falta que digas que me dedico á escandalizar á Madrid!

EDUD. ¡Te sobra con hacerme á mí la vida imposible!

MERC. ¡Maldita sea mil veces la hora en que fuí tan tonta que me casé contigo!

EDUD. ¡Bendita sea mil veces la hora en que me dejes viudo!

MERC. (A Vicenta.) ¡Ay, mamá, mamá! ¡Tú tienes la culpa por haberme dejado casar con este canalla!

EDUD. Es verdad, Vicenta; tuya es la culpa, por haberme engañado diciéndome que tu hija era un ángel.

VIC. (Que ha estado tapándose los oídos hasta este momento, en que rechaza violentamente á sus hijos á un lado y á otro.) Perfectamente. Me habéis convencido. Yo tengo la culpa, y como no deseo aumentarla con la de escucharos las majaderías que estáis diciendo, me largo. (Echa á correr hacia la puerta, pero antes de llegar á ella la detienen sus hijos, cada uno por un brazo.)

MERC. ¡No, no te marches! ¡por amor de Dios! Si te vas, ¿qué es lo que me consolará en este mundo?

EDUD. ¡Quédate, quédate y verás la alhaja que me has proporcionado por mujer!

VIC. Bueno. Conste que me suplicáis que me quede. ¡Me armaré de paciencia! (Sentándose.) Ahora vais á tener la bondad de explicarme de una vez, y sin interrumpiros uno á otro, el motivo de esta trifulca. Pero nada de gritos, ¿eh? porque no parece sino que estáis contratados por algún empresario para dar cada día una representación á beneficio de vuestros criados.

MERC. (Con voz trémula y cortada por la rabia.) Estábamos comiendo, ya casi para acabar, cuando entra el criado, le entrega á ése una carta, y sin pedirme permiso rasga el sobre y le tira. En seguida le cogí (Sacándole del puño, donde le tendrá hecho una pelotilla), apestando á piel de España, con dos faltas de ortografía y una letra que despreciaría mi lavandera.

EDUD. Primera muestra de la educación de la señorita que se pasa el tiempo buscando prue-

bas de mis infidelidades por cestas y escupideras. ¡Como si yo fuera á ser tan tonto que aguardase la hora de almorzar para recibir las cartas de mis amigas!

MERC. ¡De mis amigas! ¡Mírale, mujer, mírale cómo se llena la boca con eso de mis amigas! ¡mis amigas! ¡Si es para llevarla á una los demonios! Apenas leí el sobre, y sobre todo le olí, me supuse la procedencia, que tiene que ser sucia necesariamente, porque nada delata tanto á las sucias como el abuso de perfumes, y le pregunté en el tono más cariñoso que pude: ¿Quién te escribe, morrongo?

EDUD. Por sus gritos habrás comprendido que el tono cariñoso de tu hija es una de tantas figuras retóricas.

MERC. ¿Crees que me contestó? Pues me tuvo más de dos minutos sin dignarse dirigirme la palabra, hasta que yo ¡no lo pude remediar! ya sabes que soy un poco nerviosa, y como las dichosas plantas del centro me impedían ver la cara que ponía mientras acababa de leer la epístola, cogí la manigua y la tiré por el suelo.

EDUD. Segunda muestra de su paciencia y de la dulzura de sus maneras.

MERC. (Sin hacerle caso.) Entonces, con la voz más guasona del mundo, ¿sabes? con una de esas voces que son peores que una bofetada, se dignó contestarme, guardándosela en el bolsillo: «Es una carta de Pepe Orense en que me dice que no puede venir á verme, pero que no falte esta tarde al polo». (Vicenta mira asombrada á Eduardo.) ¡Mentira! ¡mentira! Tampoco tú lo crees, ¿verdad? En el primer momento le hubiera ahogado. Me levanté, tiré la servilleta, le puse más verde que el centro de la mesa, le dije todo lo que se me ocurrió y que desde hacía muchísimo tiempo tenía guardado. ¿Tú te conmueves por lo que ahora te digo? No, ¿no es verdad? Estás hecha un poste: ¡pues lo mismo él!

EDUD. Tercera muestra de su amor y de su respeto filial.

VIC. (Sin alterarse, pero con cierta burla.) Bueno; y en resumidas cuentas, ¿de quién era la carta?

MERC. (Con viveza.) ¡Ah! Eso pregúntaselo á él, que puede que se digne decírtelo, porque yo aún lo ignoro.

VIC. (Á Eduardo.) ¿No decías tú que era de Pepe Orense? Pues anda, ten un poco de indulgencia: enséñale á esta criatura la firma, reconciliaos, y así me tendré que ir más que á paso y podré hacer unas cuantas visitas.

EDUD. ¡Claro! ¡Tú lo arreglas todo en seguida! Persiste tu hija en sus ridículas sospechas y en su constante inoportunidad de niña mimada, ¿y voy á ceder una vez más? ¡Quiá! Por eso te dije que me alegraba de que hubieses venido, para resolver la cuestión de una manera definitiva. Hasta hoy he pasado por todo; pero desde este instante resuelvo mandar en mi casa, y el que lo quiera así que lo tome y el que no que lo deje. Estoy harto de encontrar por todas partes las huellas del espionaje de tu hija y de la chismosa de su doncella, á quien hoy mismo pienso poner de patitas en la calle. ¿No se convence con sólo mi palabra de que esta carta es de un amigo mío? Pues no pienso dar más explicaciones. Aquí está. (Enseñando un pliego á las dos mujeres y acercándose á la chimenea.) Te quedarás con la curiosidad de saber lo que dice, como desde hoy te quedarás en casita y no volverás á meterte en nada de lo que hace tu marido, siempre que éste te deje tu libertad completa. (Rompe la carta y la tira á la chimenea, quedándose parado delante de ella mientras el fuego la consume.) Así es como se guardan mejor los secretos.

MERC. ¿Lo ves, mamá de mi vida? ¿lo ves? ¿Ves qué casta de bicho me diste por marido? (Á Eduardo.) ¿Imaginas que me amedrentas con tus bravatas? ¿Tengo yo cara de víctima ni de esclava? Puesto que tú lo quieres, sea.

Yo también estoy cansada de esta existencia imposible que llevamos. Daremos un escándalo horrible separándonos á los dos años de casados. Todo el mundo dirá lo que le parezca; pero vengo pensando en ello desde hace algún tiempo, y hoy, ahora, me he convencido de que es el único medio de arreglar las cosas. Tú en tu casa, yo en la mía, y Dios en la de todos.

EDUD. ¡Vaya, ya sacaste el Cristo que guardáis las casadas para estas solemnidades! ¡Me voy con mi mamá! Conozco la escena. Lo menos la has representado veinte veces. Todo para que os roguemos que os quedéis y acabe el drama con las lagrimitas de cajón.

VIC. ¡Eduardo, no te exaltes!

MERC. ¿Que es comedia? ¿Que acabaré derramando las lagrimitas de cajón? Aún no sabes de lo que soy yo capaz. Todo lo que me he propuesto hasta ahora en mi vida lo he conseguido. ¿Pones en duda mi resolución de salir de esta casa? Pues eso me basta para que me vaya hoy mismo donde me parezca.

VIC. Mercedes, ¿qué disparates estás diciendo ahí de marcharte?

EDUD. (Á Vicenta.) Déjala, mujer, ya se le pasará. ¡Estoy acostumbrado! ¡Un año, Señor, un año que estamos cada semana con la misma canción!

MERC. Pues no la oirás más, yo te lo juro. Mi prudencia, mi buena educación no te han servido de nada, no te han inspirado nada, y ahora salimos con que te las quieres echar de Gran Turco y tratarme como á una sultana jubilada, guardándome en tu serrallo para que no te moleste. Pues desde ahora renuncio por completo á tan disparatado honor, como renuncio al papel de víctima resignada, de sierva efectiva, y me marcho con objeto de dejar el sitio vacante á quien pueda ocuparlo con más distinción que yo. (Á su madre.) Espérame un momento.

Vuelvo en seguida. (Desaparece por la primera puerta de la derecha, donde se supone que están sus habitaciones, dando un portazo tras sí.)

## ESCENA V

**Vicenta** y **Eduardo.**

(Vicenta ha permanecido sentada en el mismo sitio durante la anterior disputa. EDUARDO, muy nervioso, pasea de un lado á otro del cuarto, y por fin se para delante de su suegra cruzado de brazos.)

VIC. (Aparte.) ¡Vaya por Dios! ¡Por fin estalló la bomba que nos amenazaba! ¡Dios nos coja confesados!

EDUD. Vamos, dí algo. ¿No es tu hija? ¿No ves que se trata del paso más grave que puede dar en su existencia? ¿Apruebas su conducta? ¡Habla!

VIC. ¡Qué quieres que te diga! Sois dos criaturas que siempre estáis jugando con la vida, como si fuera uno de vuestros antiguos muñecos, y el único medio que me ocurre de hacer presente mi autoridad materna es el de daros una buena mano de azotes á cada uno y castigaros sin postre.

EDUD. Sí, haz chistes, que la ocasión es á propósito para ello. ¿Es eso todo lo que has discurrido?

VIC. (Levantándose con violencia.) No; he discurrido muchas cosas más, y ya que me las preguntas te las voy á decir, aunque te duelan.

EDUD. Vengan, vengan; ya sabes que no me gustan las indirectas.

VIC. Perfectamente, ni á mi tampoco. Has visto que delante de tu mujer me he callado como una muerta para que no dijerais que me metía donde no me llamaban. Pero si por eso vas á creer que me era indiferente lo que escuchaba, te engañas por completo. Tan incorrecto y tan disparatado te he encontrado á ti como á Mercedes...

EDUD. Gracias á Dios que dices una cosa razonable.

VIC. ¡Toma! ¿te figuras que porque se trata de mi hija me ciega la pasión? No, y la prueba es que la salida de tu casa, si la llega á efectuar, será un solemnísimo disparate que sólo servirá para cerrar la puerta á todo acomodo y para que tú hagas alguna de las tuyas.

EDUD. ¡Vicenta!

VIC. ¿No me has dicho que te hable claro? Pues así lo hago.

EDUD. Entonces, si reconoces que Mercedes está en un error, ¿por qué no impides que haga la tontería que nos ha anunciado? ¿Por qué no la convences de la inutilidad de dar un escándalo?

VIC. ¡Qué más quisiera yo que poder evitarlo! Pero ¿cómo? ¿con mis consejos? Ya has visto que antes te aconsejé lo más sencillo, para no dar lugar á una escena, y la suavidad con que tú respondiste á mis indicaciones te dejará presumir lo dispuesta que estará Mercedes, después de lo ocurrido, á condescender con mis ruegos.

EDUD. Es que yo no puedo consentir en dar siempre el primer paso cuando se trata de niñerías, y que en mi casa deben todos acostumbrarse á obedecer mis deseos. Mi dignidad no me permite obrar de otra manera.

VIC. ¡Calla, calla, hombre! No juegues al señor mayor, porque no te va; ni emplees esas palabrotas de dueño y de amo, porque ya están pasadas de moda; ni quieras hacerme comulgar con ruedas de molino, porque á mí, que soy vieja, no me la das con tus ademanes trágicos y con tus alardes de hombre mal comprendido en su hogar. ¿Quieres que te diga de quién era la famosa carta y lo que te escribían en ella?

EDUD. Anda, sí, dílo; adivina adivinanza...

VIC. Pues era de Nina la loca; te citaba no sé dónde, ó te pedía dinero, una de dos, y

te participaba que la tenías parada en la esquina esperando la contestación.

EDUD. (Estupefacto) ¡Valiente chisme! ¡Ya te puedes ganar la vida por ahí diciendo la buenaventura!

VIC. No tiene nada de particular. Lo de tus relaciones con esa mujer lo sabe todo Madrid; lo de la carta es fácil de adivinar, porque antes de que salierais he estado hablando con Pepe Orense, que venía á verte, y que, por lo tanto, no ha podido escribirte nada, y lo de la espera, se les escapará á pocos (Corriendo hacia una gran ventana que habrá al lado izquierdo del fondo), porque al venir la he visto yo parada en lo alto de la calle y aún la puedes ver en el mismo sitio, llamando la atención de los que pasan con su coche y con sus trapos, y sin quitar los ojos de tus balcones; de manera que verde y con asa...

EDUD. ¡Es una calumnia, una calumnia infame!

VIC. Pues mira, por si es una calumnia ó no, comprenderás que no voy á ser tan simple que interceda por ti cerca de mi hija y que te ruegue que te dignes perdonarla sus enormes faltas. Si ella ha reflexionado y prefiere quedarse, te prometo que no soltaré palabra de lo que acabas de oir. Es lo único que puedo hacer por ti.

EDUD. ¿Es ésa tu última palabra?

VIC. ¡Vete á paseo con tus melodramas y tus frases de comedia! Voy á averiguar por dónde respira tu mujer y á ver si se le ha pasado el soponcio, resolviéndose en lluvia benéfica.

EDUD. ¡Pues te arrepentirás, te juro que te arrepentirás! Mercedes y tú sentiréis haberos portado conmigo como si fuese un niño. ¿Preferís el escándalo? ¡Pues lo tendréis! ¡pero mucho más gordo de lo que nunca habéis imaginado! (Al decir esto se ha sentado cerca de una mesita donde hay recado de escribir, y comienza á garrapatear una carta que cierra y, después de llamar, entrega á Rafael, diciéndole unas palabras al oido.

Mientras tanto, Vicenta se ha quedado mirando con cierta curiosidad las maniobras de su yerno, hasta que al fin se dirige hacia el cuarto de su hija, en el mismo momento en que ésta sale con sombrero y abrigo puestos, muy pálida y resuelta, y se dirigen las primeras palabras de la siguiente escena.)

## ESCENA VI

**Dichos** y **Mercedes.**

VIC. (Aparte mirando á Eduardo.) ¿Qué nueva ocurrencia le habrá dado? ¡Ay, Señor, tennos de tu mano! ¡Con tal de que á la otra se le haya pasado la excitación como otras veces! (Viendo aparecer á Mercedes.) ¡Vaya, me equivoqué, y de ésta ha llegado el trueno gordo! (Bajo á Mercedes.) Mercedes, hija mía, no hagas locuras; mira que mañana te arrepentirás y la cosa no tendrá ya remedio. Déjame á mí hablar; acuérdate de lo que te quiero y de que nada haré que no te esté bien.

MERC. No, no; te ruego que no te metas en nada. Es más, te prohibo hacerlo. ¡Estoy loca! ¡No puedo escuchar razones ningunas! Luego, en tu casa, me dirás lo que te dé la gana; pero ahora, no; ¡déjame!

VIC. Hija mía, ¿nada? (Mirando hacia arriba.) ¡Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo!

EDUD. (Levantándose y dirigiéndose á su mujer.) ¿Persistes en tu capricho de niña mal educada? ¿Te figuras que una mujer puede dejar y tomar su casa cuando se le antoje? ¿Crees que yo voy á ser tan tonto que vuelva á admitirte de nuevo cuando te parezca?

MERC. Creo que cuando dos personas han vivido engañadas durante mucho tiempo y por fin despiertan de su mal sueño, lo mejor que deben hacer es dejarse de ver para evitar las ocasiones de llegar á más graves desavenencias. Todos nuestros conocidos aprobarán de seguro mi conducta...

EDUD. ¿Y si yo me negara, ¿comprendes? me negara á dejarte salir por esa puerta?

MERC. Daríamos un escándalo en tonto, y vendría mañana el juez á buscarme, ó me marcharía pasado, en cuanto la viese abierta.

EDUD. Admirablemente. Conste, pues, que es por tu gusto, que sales de aquí libre como el pájaro; conste que tu madre aprueba tu resolución y sanciona con su autoridad el acto irrevocable que en este momento te dispones á ejecutar...

(Vicenta va á hablar, pero Mercedes no le deja.)

MERC. Basta, basta. No sigas quejándote é insultándonos, porque entonces va á ser cosa de nunca acabar. La cuestión es muy sencilla. Nos equivocamos, chico, nos equivocamos al creer que habíamos nacido el uno para el otro, y como aún somos demasiado jóvenes para resignarnos á arrastrar una vida odiosa, es mejor que ensayemos cada uno por nuestro lado, á ver si solos lo pasamos mejor.

VIC. ¡Mercedes, por la Virgen! ¡Piensa en las consecuencias del paso que vas á dar! ¿No existiría un medio, uno cualquiera, de evitar esto?

MERC. Sí le hay. Que Eduardo reconozca sus faltas, que consienta en que nos vayamos á vivir lejos, muy lejos de aquí. Tal vez así podré olvidar y perdonarle lo pasado.

EDUD. ¡Estás loca! ¡Las novelas han trastornado tu juicio! Por última vez, ¿te niegas á continuar en mi casa, viviendo bajo mi mismo techo?

MERC. ¡Me niego!, y me niego, no por lo que ha sucedido hoy, sino por el convencimiento que abrigo de que en tu interior estás encantado por lo que sucede.

EDUD. Mira que mis represalias serán atroces, mucho más graves de lo que te figuras.

MERC. Puedes obrar como te parezca; una vez separada de ti, eres libre como el aire.

EDUD. Pues bien, no eres tú la que saldrá de esta casa, sino yo. Quédate, quédate en

ella y establece la vida que desees. Continúa en el puesto para el que te elegí lleno de ilusiones, haz felices á los que te rodeen; pero acuérdate de que todos tus actos, todas tus extravagancias no sirvieron sino para romper eslabón por eslabón la cadena que nos unía, para hacerme desdichado. ¡No... no! ¡Es verdad! ¡Nada tengo que reprenderte en concreto, nada de eso que para los hombres constituye un delito, un motivo de separación! ¡Eres honrada! ¡Sí! Pero eso, aunque indispensable, no basta para constituir la dicha de un matrimonio. En dos años que llevamos unidos, sólo te has ocupado de tu persona, de tus caprichos, sin estudiar mi carácter, sin poner los medios de consolidar nuestra pasión de niños. Con tus gritos, con tus desdenes, con tus brusquedades, con una porción de cosas que no parecen nada, y son todo, has conseguido alejarme cada vez más de ti, hasta perder toda aspiración y todo sentimiento común.

VIC. (Acercándose á su hija.) ¡Francamente, Eduardo, te propasas!

MERC. ¡Déjale, déjale que acabe de mostrarse tal cual es! ¡Habla, habla!

EDUD. Pues bien, oye: me marcho, sí, me marcho de esta casa para libraros de mi odiosa presencia; pero como no tengo ningún agradecimiento que guardarte, y siempre he despreciado los convencionalismos sociales, no creas que voy á seguir ninguna vida de recogimiento ni de austeridad. Los acontecimientos hablarán por mí...

MERC. ¡Ah, miserable, miserable! ¡Me avergüenzo del día en que me creí enamorada de ti! ¡Me avergüenzo de haber vivido bajo el mismo techo que un hombre semejante! ¡Que no te vea más! ¡Vete, vete! ¡Hasta nunca!

EDUD. Está bien; recuerda que tú lo has dicho, ¡hasta nunca! (Vase.)

## ESCENA VII

**Mercedes** y **Vicenta.**

MERC. (Agitadísima) ¡Ah, infame, infame! ¡miserable! ¡Marcharse de ese modo! ¡Y ser tan pequeño, tan insignificante todo el mal que en este momento se me ocurre! (Paseando precipitadamente por el cuarto.) Pero no, no es posible que haga lo que dice. ¡Se amenaza, se habla, pero después!... Quizás ha querido probarme, quizás... (Corriendo hacia el balcón y asomándose á él.) Nada, nada, no se ve nada. ¡Ah! ¡sí! Un coche que se va á lo lejos; ya torció la esquina, ya desapareció! ¿Será?... ¡Sí! ¡claro! ¡Ahora comprendo sus amenazas! ¡Es el coche de esa mujer y se va con ella para siempre!... ¡Para siempre! ¡Y yo sola, sola aquí toda mi vida! ¡Qué desgraciada, qué desgraciada soy! (Cae llorando en una silla.)

VIC. (Mirando tristemente á su hija.) ¡Muy desgraciada! ¡es cierto! ¡Acaba de romper la cadena que la unía á su marido, como una niña rompe un juguete, y ahora mismo, en este momento, se entera de que le adora más que nunca!

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Ninica. Muebles muy nuevos. Gran *chaise longue* con muchos almohadones. A la derecha de la puerta del fondo, balcón, á la izquierda, puerta que se supone da al despacho de Eduardo. Otras dos puertas en primer término: la de la derecha correspondiente al cuarto de Ninica, y la de la izquierda al comedor.

## ESCENA PRIMERA

**Ninica** y **Eduardo.**

(Ninica entra por la puerta del fondo como si se recatara de que la viesen. Viste un traje muy sencillo con algún descuido y lleva mantilla y abrigo que se quita y guarda. Después se dirige cautelosamente hacia la puerta primera de la derecha; escucha un poco y por fin la abre, encontrándose con Eduardo, cuya presencia le asusta hasta el punto de arrancarle un ligero grito.)

NIN. (Queriendo bromear y aparecer natural, pero viéndose que todo ello es un poco forzado.) ¡Hijo, ni el Comendador! ¡Pa mí que me va á dar el histérico. Oye, tú, ¿quién te manda esconderte detrás de las puertas como si fueras el botón de la luz eléctrica?

EDUD. (Mirándola fijamente.) ¿De dónde vienes?

NIN. Mia tú éste, pues de la calle.

EDUD. Y ¿qué has ido á hacer á la calle tan de mañana?

NIN. ¿Es curiosidad ó es coba?

EDUD. ¿Sabes lo que me dijo ayer la Lilí? Que los pendientes de zafiros que te compré el

mes pasado los has empeñado y que también has empeñado otras cosas. ¿Para qué necesitas dinero? ¿Para quién son esos duros?

NIN. ¡Para ahorrar y que cuando me muera me hagan un mausoleo! Oye, tú, y como me vuelvas á mentar á ese andrajo de la Lilí, que ha corrido más que una peseta, ó se te ocurra traerla á cebarse en mi casa, de la primera que le doy la vuelvo la fisonomía del revés.

EDUD. ¿Es ó no verdad lo que se dice? ¿Me puedes enseñar ahora mismo los pendientes? ¡Vamos, tráelos!

NIN. Los he perdido... de vista. Y como tú te pongas muy pelma, tendré que hacer lo propio contigo. Lo que me das, ¿no es para que me lo gaste como me venga en gana, sin participárselo á mis amigas? ¡Por mi salud te juro que no te engaño con otro hombre! Que te baste eso. Virtudes no tendré, pero lo que es franqueza, sí señor.

EDUD. ¡Para el que te crea!

NIN. Pues si no lo crees, peor para ti, ¡ea! ¿Te figuras que por haber dado el escandalazo y vivir así desde hace cuatro días voy yo á transformarme en una pura crema y á renunciar á mis costumbres y á mi manera de ser?

EDUD. Pues claro, eso debía suceder; para eso me he sacrificado por ti, para subirte á mi altura.

NIN. ¡Quiá, hombre, qué disparate! ¡Si he de ser yo la que suba á una altura en que no puedo sostenerme, valiente sacrificio el tuyo! ¡La sacrificada sería yo! No, no; tú eres el que tienes que bajar de tu pedestal; tú eres el que tienes que entrar en mi vida; tú eres el que tiene que despedirse de una porción de cositas que están bullendo ahí dentro. (Señalando á la cabeza )

EDUD. Nada, que quedaremos en que aún eres tú la que piensas bien y en que...

NIN. ¿No te estoy diciendo que ves visiones,

que te quiero á ti solo, que no tienes nada que temer de mí?

EDUD. Y si es verdad que me quieres, ¿por qué haces cosas que sabes que me desagradan? ¿Por qué tienes esas salidas de golfa, que serán todo lo inocentes que pienses, pero que no lo parecen?

NIN. ¡Qué sé yo! Hay en mí dos naturalezas, la finústica y la otra. Cada vez me voy elegantizando más y perdiendo mis mañas, sobre todo por fuera; pero, hijito, de cuando en cuando asoman la jeta éstas y ¡adiós, Madrid! Cuanto más escasas van siendo, resultan más tremendas, y entonces pierdo la cabeza y hago y digo cosas atroces. Pero tú me conoces, sabes que en el fondo soy una gran muchacha; que si me pinchan salto y si tratan de contenerme muerdo; en cambio, con habilidad, pueden hacer de mí lo que se les antoje, las cosas más inverosímiles. Mira, no soy tonta; ni buena ni mala, aunque á veces parezca una cosa y otra; y tocante á corazon, hijo de mi vida, en cuanto me repiten una lástima ó veo algo triste en el teatro, ya me tienes echando lágrimas como puños: ¡un corazón de portera, un alma de jamona sensible!

EDUD. (Cariñoso.) ¿Por qué entonces esos misterios, esas salidas de tapadillo?

NIN. (Que se ha sentado en el mismo sillón que Eduardo.) Porque, ya te lo he dicho, aún no hemos acabado de entendernos, aún no hemos acabado de hacer uno. Mira, á mí me pasa una cosa rara; estoy tan tranquila, rodeada de estas cosas tan bonitas, encontrándome yo misma tan señora, ¡no te burles! tan señora, y de repente se me planta una idea aquí que principia por hacerme reir y que me va trastornando poco á poco: «que tienes que salir ahora mismo», «que tienes que ir á tal parte», «que cojas la mantilla ó el mantón y te largues por ahí». ¿Crees que es posible resistir? Pues nada, niño mío, que la cabeza se me va montando,

hasta que tomo el portante y me largo.

EDUD. Y después ¿qué haces? ¿En qué acaban esas borracheras? ¿No ves á alguien? ¿No te encuentras con alguien? ¿No te espera alguien en alguna parte?

NIN. (Un poco desconcertada.) No, ¡qué tontería! ¿Quién me va á esperar? ¡Como viene, se pasa!... Pero ¿qué caras son esas? Vamos, niño, á contar en seguida lo que estás pensando. ¡A ti te han armado algún chismajo!

EDUD. Pues bien, sí, es verdad. Me han asegurado que te han visto por la calle con un hombre, un medio señorito, medio chulapón; ¿es verdad?

NIN. ¿Y quién ha sido el chismoso que te ha contado eso? ¡Te juro que me las ha de pagar!

EDUD. (Cogiendo por las manos á Ninica.) ¡Ah! ¿Con que es verdad? ¿Ves cómo eres una embustera? ¿Cómo se llama ese hombre? ¿dónde está? ¿Vienes de verle? ¿de reiros juntos de mí? ¿No me contestas? ¿Quién es ese hombre?

NIN. (Mirándole curiosamente y recobrando su calma.) ¿Tienes celos? ¿Será posible? ¿celos... de mí?

EDUD. Me encuentro humillado; siento ganas de descargar mi ira sobre alguien. ¿Es verdad, lo que dicen? ¿Quieres á otro, además de mí? ¡Bien pagado me estaría por el modo de portarme contigo!

NIN. (Siguiendo mirándole con fijeza.) Y... si fuera verdad, ¿qué harías? ¿me matarías? ¿te matarías tú? ¿le buscarías?

EDUD. (Con desdén.) Me marcharía de tu casa, aborrecería hasta tu recuerdo, maldeciría el minuto en que te conocí y me consideraría el hombre más ridículo y más necio de la tierra.

NIN. ¡Qué orgulloso y qué egoísta eres! Decididamente, las mujeres valemos más que vosotros y casi nunca nos equivocamos al juzgaros. Tranquilízate; ese hombre que tanto te preocupa es... mi hermano. (Separándose violentamente y sentándose en el lado opuesto, ocultando la cabeza entre las manos.)

EDUD. ¿Tu hermano?

NIN. (Sin levantar la cabeza.) Sí, mi hermano; ¿no lo crees? Peor para ti; me tiene sin cuidado; lárgate cuando quieras. Ya trataré de consolarme. ¿Es inverosímil que yo conozca un hermano, que le vea, que sea tan sinvergüenza que me pida dinero y yo tan bestia que se lo dé?

EDUD. No, mujer; no me has comprendido. (Volviendo á sus sospechas.) Pero ¿por qué no le he visto nunca, ni he oído hablar antes de ese hermano? ¿Por qué no has correspondido á mi confianza contándome todo lo que á ti se refiere, como yo lo he hecho contigo? (Al bablar así se ha acercado á Ninica y parado delante de ella.)

NIN. (Muy bajo y sin levantar la cabeza.) ¿Te parece que son cosas ésas que hacen buena sangre á nadie y que son dignas de contarse? Porque te estimo, no quise mostrarte miserias ni calamidades. Porque suponía que el día en que las conocieras todas, te repugnaría mi casa y no me quedarían más que dos salidas: ó marcharme yo, ó echarte á ti á la calle, para quedar como Dios manda. ¡Ah, vosotros! Vosotros es muy distinto; hagáis lo que hagáis, todos sois príncipes; aunque obréis como unos perdidos, no descendéis para nada; con decir que os vais á corregir y á regeneraros, nadie se vuelve á acordar de lo pasado, y... claro.. así se puede tener una familia y hablar de ella, mientras que nosotras, ¡figúrate qué colección de alhajas! Los buenos porque nos avergüenzan y los malos por lo mismo, nos quedamos sin ninguno. A nadie podemos sacar á relucir. (Mirándole á la cara.) Y, sin embargo, no podemos prescindir de ellos, ¿comprendes? ¡Todos somos los mismos! Y el que se une con nosotras ¡claro! se une con ellos (Rompiendo en una carcajada al ver el gesto de sorpresa de Eduardo y haciendo una transición.) ¡Qué cara pones, hombre! No abras tanto la boca, que no tengo ninguna carta *pa* el correo. Pero ¿has tomado todo esto en serio? ¿No ves

que me estoy quedando contigo? ¿No te acuerdas de quién soy? Ninica, la de las ocurrencias inverosímiles; Nina, la loca, que te adora, chiquillo; que de puro feliz revienta, que se ríe de todo y á todas horas, que no estará contenta hasta haberte dado tantos besos como estrellitas tiene el firmamento.

EDUD. ¡Qué particular eres! Hay momentos que parece que te complaces arrastrándote por los suelos, y en cambio otras subes á unas alturas...

NIN. Que si se pega una un porrazo, tortilla segura, ¿eh? ¡Psh! (Haciendo que oye algo en el corredor y abrazándole al mismo tiempo.) Esa voz, ¿no es la de Antonia? (Rumor de voces fuera.) Sí, es ella. (Gritando.) ¡Antonia, Antonia, pasa! (A Eduardo.) ¿No sabes quién es? Sí, hombre, sí, la conoces de toda la vida; si es la Cosquillas...

## ESCENA II

**Dichos** y la **Cosquillas.**

COSQ. (Llevando algunos líos debajo del brazo y dirigiéndose á aiguien que se supone está fuera.) ¡Pues hombre, no es usted poco posma! Cuando le digo á usted que la señorita me recibe á mí siempre que quiera... ¡Jesús, qué tío tan lata! ¡Ni que esto fuera la aduana! (Entrando.) Buenos días. ¡Huy, el señor Barón! ¡Cuánto tiempo que no le veía! ¡Si lo menos hace seis meses que se ha olvidado el camino de mi casa! Y hace usted mal, porque tengo unas cosas nuevas de rechupete.

NIN. ¿Sí?

COSQ. Hoy me han traído una sillería Luis... yo no sé cuantos, mucho más arriba del quince, que son las más raras; hace días compré un cuadro que todos los que le han visto dicen que es un pasmo, y ayer noche me salió el retrato de una duquesa

muy guapa, que, según me contaron después, es de estilo *recocotte*.

EDUD. Pues nada, iré, iré. (A Ninica.) ¿Cuánto tiempo dirás que conozco á la Cosquillas?

COSQ. ¡Ay! Ya hace, ya hace algunos años. ¿Se acuerda usted? (Dando un gran suspiro.) Se acababa de morir mi pobre Andrés, dejándome con cuatro criaturitas que todas ellas cabían debajo de un sombrero de copa.

NIN. Bueno, no te pongas sentimental. ¿Qué traes ahí tan escondido? ¿Me vendiste la pulsera?

COSQ. Hija mía, tres mil reales me dió la condesa de Gerona por ella. ¡Para que luego me digas que no me hago polvo por ti cuando es preciso! Pero lo que te voy á enseñar sí que parece hecho para ese cuello de emperatriz destronada y esa pechuga de ángel...

NIN. ¡También destronado! ¡A ver, á ver! (Arrodillándose junto á la Cosquillas y revolviéndolo todo.)

COSQ. (Deshaciendo el lío, por el que se escapan una porción de cosas, mantones, mantillas, abanicos, estuches y cogiendo uno de éstos.) Te advierto qus es de una marquesa y que puede que la conozca el señorito, porque se da más pisto que una reina: de la Jesusa Paterno, ya sabes, de esa que dicen que se parece á ti... en casi todo.

EDUD. ¿De Jesusa? ¡En mi vida lo hubiera creído! A verlo. ¡Ja, ja, ja!

NIN. ¿Qué te pasa, hombre? ¡Ni que estuvieras en el Congreso!

EDUD. No, si es que tiene la mar de gracia... Es que ese broche... se lo regalé yo cuando... vamos, cuando... nada, que está de Dios que tú y Jesusa os piséis los talones.

NIN. (Cogiendo el estuche.) ¿A ver? ¡Y es muy bonito! ¡Qué tío, pero qué tío! Me *repuznas*. Y luego, anda, anda, regala á quien no debes, que las cosas mal adquiridas no aprovechan, ya lo estás viendo.

EDUD. Antonia, ¿cuánto quiere usted por el broche?

COSQ. ¡Quiá! Si no le vendo, si ha sido sólo por

enseñársele á este pimpollo. ¡Bonita se pondría su dueña! Casi todas sus cosas las tengo yo, porque, lo que dice ella, ¿qué más da guardarlas en el Banco que en otra parte? Cuando hay un baile ó algo grande, me las pide, se las pone, y á la mañana siguiente vuelvo por ellas.

NIN. ¡Hija, ni Frégoli! (Volviendo á mirar el estuche.) Es precioso... precioso... de un *sic*... Oye, tú, ¿y es bueno?

EDUD. Ninica, ¿por quién me tomas? ¿Conque en qué quedamos?

COSQ. En que no puedo, ea, no puedo; ya saben que si fuera mío se lo regalaría ahora mismo, porque les quiero á los dos más que á las niñas de mis ojos... En fin, ¿qué no haré yo por esta parejita? Hablaré con mi clienta, le diré que á una señora extranjera le ha chiflado la cosa y que da por ella veinte mil reales; que si quiere...

NIN. (Furiosa.) ¿Que si quiere? Que si quieres tomar ahora mismo el portante y que te pierda yo de vista... ¡Veinte mil reales! ¿Pero estás loca? ¡Si es una porquería, una basura! ¡Si estos brillantes no brillan y parecen la peor parte de un vaso! Si quieres diez y seis mil lo dejas y si no haces lo que te venga en gana, ¿verdad, tú? ¡Venirme á mí con esas cuando soy la economía en persona! ¡Pues mira, que ganaría yo mucho con este pectoral encima del escote, tapándome lo mejor que tengo en el cuerpo!

COSQ. Bueno, bueno; no amontonarse por tan poco. Venga el estuche. Mira este mantón que me encargaste... grana y blanco; ocho días de correr por todas partes me ha costado y tener los pies hinchados como dos costales para complacer á la señorita.

NIN. Está bien; déjalo ahí. Es muy obscuro y no sé cómo me irá á la cara. Y toma tu broche, y ojalá lo pierdas en el camino. Por lo único que siento no tenerle es por no llevarle mañana al Circo y que me lo

vea puesto la Jesusa para que rabie un poco.

EDUD. Hija, si tanto te gusta...

COSQ. Si es por una noche, todo puede arreglarse. Me da usted ahora mismo seis mil realitos, tres que tengo de ésta y tres que me dé usted, hacen la cuenta; me firma un papelito por lo demás, y si la niña se cansa, pues, se revende á otro y aún puede que se gane.

NIN. Eso es, ¡magnífico! ¡Si vales más de lo que pesas, y cuidado que pesas! Es esa una idea soberbia. ¿No te parece bien? (Abrazando á Eduardo y haciéndole algunos mimos.) Así todos salimos contentos. ¿Ves qué mujercita te has echado y qué bien cuida de tus intereses? Total, si me canso, ¿qué puede perderse? Tres ó cuatro mil reales ¿Y qué es eso? Nada, nada; á ver ese mantón. (Terciándosele con aire de chulapa y comenzando á bailar.) ¡Olé por las niñas garbosas y olé por los hombres complacientes y generosos! Y dí ahora que no estoy guapa y que has tenido mal gusto y que no merezco esto y mucho más y que se murió mi abuela. (Termina de bailar y da un beso á Eduardo en el momento en que entra en el cuarto Pepe Orense, que se echa á reir viendo la pareja.)

## ESCENA III

**Dichos y Pepe Orense.**

PEPE. ¡Bravo! ¡Así me gusta! ¿No hay nada para mí?

NIN. Para ti una coz si te acercas, ¡so maula!

PEPE. ¡Viva la educación y las personas suaves! ¡Anda, pues si está aquí la propia y verdadera Cosquillas, la ilustre prendera, la sublime reina de Hortaleza! ¿Qué te trae por aquí? ¿Qué líos te traes?

COSQ. (Que ha acabado mientras tanto de atar sus lios, enseñándolos á Orense.) Éstos... y los que usted quiera

armarme, señorito Pepe. ¡Ah! Y me alegro de verle, para que hablemos de...

PEPE. Bueno, no seas impolítica, y recuerda que estamos entre personas principales. Me hiciste tú, en cambio, el encargo del cacharro aquel...

COSQ. Ya, ya; no se moleste usted, que le mandaré la contestación hoy con mi chico, y eso que los cacharros que usted busca van siendo cada día más difíciles de encontrar.

NIN. ¡Si os creéis que esta casa es el sitio más á propósito para arreglar vuestros negocios, ahora mismo os echo á escobazos!

PEPE. No te descompongas ni te indignes, encantadora Ninica, flor y nata del mujerío madrileño, conjunto abreviado de todas sus perfecciones, encanto de los encantos...

NIN. (Cogiendo los almohadones de la *chaise longue* y tirándoselos á la cabeza.) ¿Encanto?... ¡Ya te daré yo flores!... Toma, por guasón... y éste por lila... y éste por entrometido y éste porque me da la gana!

PEPE. ¡Favor, socorro! Así tratas á tu mejor amigo. ¡Ay, que me has saltado un ojo! ¡Que esta bárbara me estropea! Aquí me meto (Abriendo la puerta segunda de la izquierda, que se supone da al despacho de Eduardo. Después saca ó mete la cabeza, siguiendo los movimientos de Ninica, que le acecha para tirarle el último almohadón.) ¡Eduardo, hijo mío! ¡Por favor, ven, que tengo que darte un recado importante, que te tengo que entregar esta carta! (Enseñando un sobre.)

EDUD. (Riéndose.) Vamos allá; tú tienes la culpa por haberla incomodado. En cambio, almorzarás con nosotros, ¿verdad?

PEPE. ¡Imposible! Le he prometido á Lilí almorzar con ella y con una amiga suya que ha venido ayer á Madrid.

EDUD. Pues se las telefonea que vengan también, estén como estén, y dentro de quince minutos se almuerza. Ya lo sabes, Nina; yo daré las órdenes, porque si no, tú, con en-

cargar muchas trufas y mucho *champagne* ó con salir con algunos callos ó cosa por el estilo, nos dejas hambrientos y borrachos á un tiempo. (Entra en el despacho.)

NIN. Eso es, el que quiera fama que la gane. ¡Como si no supiera yo encargar un *menu* de veinte duros! (Ninica se acerca de nuevo á la Cosquillas; pero en aquel momento asoma Orense cautelosamente la cabeza y con tono de burla y enseñándole desde lejos la carta exclama:)

PEPE. ¿La ves, la ves? ¿Quieres saber quién la envía, quién la escribe? Pues su mujer, sí, su mujer; rabia, rabia.

NIN. (Tirándole el almohadón que conserva en las manos, que no llega porque Orense cierra precipitadamente la puerta.) ¡Toma, por hacer esos papeles! (Volviéndose alegre hacia la Cosquillas.) Es un gaznápiro, pero tiene gracia. Hasta en eso de hacerme creer que es capaz de traer y llevar recaditos de la mujer de Eduardo demuestra lo punto que es. Mira, ahí tienes el único hombre á quien yo llamaría en un caso de apuro.

COSQ. ¿Para qué?

NIN. Toma, para pedirle un consejo. ¿También te vas á dedicar tú á hacer chistes?

## ESCENA IV

**Ninica** y la **Cosquillas.**

COSQ. No, y me alegro de que nos hayamos quedado solas para decirte que si he venido ha sido por tu hermano, que está esperando ahí, en la taberna de enfrente, porque en cuantito que tú le dejaste esta mañana, vino á mi casa con los embustes de siempre, y se pasó rogando dos horas para que te dijese que necesitaba ese dinero hoy á las cuatro de la tarde; que vieras cómo lo podías sacar, que si no se pegaba un tiro... en fin, ¡la historia de siempre!

NIN. El muy trasto, sin vergüenza. ¿Se ha pro-

puesto no dejarme tranquila y que riñamos? ¿No le basta con la rociada de hoy? ¿Se empeña en venir aquí á pesar de lo que le tengo dicho? ¡Pues ahora verás! ¿Dices que está abajo? (Acercándose á la ventana.) Sí, allí sale, con sus trazas de costumbre, después de haber bebido unas copas para estar más elocuente. Ya me ha visto, ya viene. ¡Pues que suba y verá si soy yo de las que se dejan engañar por mamarrachos como él! (Volviendo junto á la Cosquillas.) ¡Toda la vida así! ¡Pagando una hora de alegría con cien de disgustos!

COSQ. Mujer, ten cuidado, no vayas á dar lugar á una escena. Mira que tu Barón se incomodaría... ¡y con tus pretensiones no puedes prescindir así como así de un Barón!

NIN. ¿Y á mí qué me importa mi Barón ni mis calabazas? ¡Si todavía me quisiera!... Pero, mira, hay momentos en que me dan ganas de decirle como á los chicos: ea, niño, á á casita á estudiar... que se ha acabado el recreo...

COSQ. Considera que ahora estás como una reina y que con un poco de maña puedes seguir así toda la vida, sin preocupaciones, ni...

NIN. Tienes razón... eso sería lo prudente; pero no puedo, Antonia, no puedo; cuando se me ocurre alguna cosa, la hago... Si se me ocurriese ser buena, lo sería, aunque me aburriera de muerte... Lo mismo me pasaría las noches á la cabecera de un herido que saldría á la plaza á rejonear un toro. Todo es cuestión de que se me pusiera aquí (señalando la frente) ó de que alguien supiera hacer hablar aquí dentro (señalando el corazón) algo que hasta ahora está callado... ¡Si yo estuviera sola!... ¡Si yo hubiera nacido entre otra gente, sería tan distinta, tan... ¡Ah! Aquí está Miguel; veremos qué nuevos infundios ha discurrido en este tiempo.

## ESCENA V

**Dichas, Miguel.**

(Miguel, un tanto alegre y hablando en cierto tono dramático.)

MIG. ¡Vengo á despedirme de ti!

NIN. (Imitándole.) ¿Nada más? ¡Qué bien educado eres, hombre! ¡Adiós! ¡Siento que te hayas molestado por tan poca cosa!

COSQ. ¡Josús! ¡Si viene cargado de esencias!

NIN. Es un detalle del equipaje, que no sabía dónde guardarle, hasta que se dijo: «Pues adentro, para que no se evapore».

MIG. (Á voces.) ¡Ingrata! ¡Siempre burlándote de mí, que hasta hace poco tiempo era todo tu ojito derecho!

NIN. Pues por eso precisamente. No me convenía seguir más tiempo tuerta.

MIG. ¡Malas tripas!

NIN. Habla bajo y no alborotes. En ese cuarto (Señalando al en que se hallan Pepe y Eduardo) hay gente y podrían oirte.

MIG. Si yo fuese de otro metal, me oirían los sordos. Pero, vamos á ver, ¿por qué no quieres ayudarme en un negocio que es tan seguro y en el que podemos hacernos ricos sin darnos cuenta de ello?...

NIN. Eso de no darme cuentas lo creo, sin que te esfuerces... en demostrármelo una vez más.

MIG. Un proyecto magnífico, que no exige casi capital. Y de una novedad absoluta.

COSQ. Vamos, sí. Será como el matrimonio de la Lilí: *¡inérdito!*

NIN. ¡O tan nuevo como el invento de la máquina de coser que hacía coches de punto!

MIG. ¡Pa chasco! ¿Quieres que te lo explique? En media hora cortita despacho. (Viendo que Ninica no accede.) Y si no, aguarda. (Dirigiéndose hacia el cuarto donde están Eduardo y Pepe.) Voy á pedir lumbre aquí; ya verás qué piquito de oro...

NIN. (Con viveza.) No, ahí no; no entres.

MIG. ¿Tan callado te tienes que vivo?

NIN. Al contrario. Precisamente le han armado hoy un chismejo y he tenido que decir dónde iba cuando salgo sola por las mañanas.

MIG. Entonces crees que me lo voy á comer ó tienes miedo de que le cuente tu historia. (Miguel verá una botella y un vaso sobre una mesa y se apoderará de ellos.)

COSQ. ¡Valiente novedad!

NIN. ¡Qué sé yo! Ni yo misma podría decirlo; pero no quiero que ese hombre se avergüence de mí por tu culpa. ¡Vete, van á llegar! Tenemos gente á comer. Amigos suyos y amigas mías. Marchaos, marchaos los dos; dejadme tranquila. Ya veré lo que puedo hacer por ti.

MIG. (Con resolución, bebi ndo una copa y hablando con lengua más trabada.) No, de aquí no me muevo sino para ir al *viaduzto*.

NIN. ¿No te digo que estoy esperando gente?

MIG. Pues mejor que mejor. Así habrá una comida de órdago y me presentarás á tus invitadas que no conozca. Así me despediré de la vida en medio de una buena digestión. Después de todo, yo soy uno de casa y, cuando quiero, ya sabes que hasta resulto fino inclusive.

NIN. ¡Canalla! ¡Siempre hecho una cuba! ¡Deja ese vaso!

COSQ. (Que ha estado escuchando á la puerta del despacho.) ¡Cuidado, mucho cuidado! ¡Que vienen!

NIN. ¡Y yo sin vestir! ¡Y vosotros aquí! ¡Maldita sea la hora en que nos echaron al mundo juntos! Quédate, quédate; inventa algo, dí lo que quieras, miente como sabes. (Reparando en un traspiés de Miguel.) Y si no, que hable la Cosquillas, que cuente la verdad, la verdad; y si no, no; mejor será que yo te presente, que hable antes con Eduardo. Entra, entrad los dos aquí, en mi cuarto. ¡Acabaréis por obligarme á hacer un disparate! (Vanse.)

## ESCENA VI

**Eduardo** y **Pepe Orense.**

EDUD. ¿Es eso todo lo que tenías que decirme y que te apuraba tanto?

PEPE. ¿Te parece poco? ¿Es posible que no te quede nada, ni un átomo, dentro del cuerpo de aquella pasión, la única de tu vida, la absoluta, la que te entró apenas fuiste hombre, la que duró tres años y parecía, al principio, que iba á matarte de felicidad?

EDUD. ¿Te ha encargado Mercedes que me preguntes eso?

PEPE. ¡Qué tontería! ¡Aún no conoces á tu mujer! Con su figurilla y su carita de santa, tiene una voluntad de hierro, y antes se dejaría hacer mil pedazos que pedirte una limosna de cariño. Eso te lo digo yo, sale de mí mismo; tu determinación ha causado tal asombro en todo el mundo, que lo que escuchas de mis labios es el eco de la opinión general...

EDUD. (Con cierta petulancia.) ¡Claro! ¡Dirán que estoy loco, que es una barbaridad! Mira, me alegro; así verán que no soy un niño pegado á las faldas de mi costilla. Te aseguro que daría cualquier cosa por ver desde un agujerito lo que hacen Mercedes y Vicenta desde el lunes, y por escuchar cómo me ponen delante de la gente.

PEPE. Pues te llevarías un chasco muy solemne, porque su actitud no puede ser más correcta. Con el pretexto de que tu mujer está enferma, no reciben á nadie. Tu suegra ya sabes que es impenetrable y, además, con objeto de despistar á la gente, se preparan de un momento á otro para marcharse á Sicilia, dando por motivo la delicada salud de Mercedes. Esa debe ser la causa de escribirte la epístola que te he entregado yo, sin saberlo tu esposa, por-

que Vicenta me llamó anoche para rogarme que te la diese en persona.

EDUD. ¡Ah! sí, la carta, ya me había olvidado de ella. (Sacándola del bolsillo y mientras la abre.) ¿Dices que te la dió mi suegra? ¡Bonitas lindezas me escribirá Mercedes en ella! Vas á ver una muestra de lo que es la niña y del motivo por qué poco á poco se han ido apagando mis entusiasmos primeros. (Leyendo.)

«Perdóname si me dirijo á ti por última vez, y ten la suficiente paciencia para acabar de leer esta carta, porque las circunstancias son muy solemnes, y mi espíritu está demasiado triste para sufrir nuevos disgustos y nuevas penas que añadir á las antiguas.

Comprenderás que después de lo pasado, y de la barrera infranqueable que has levantado entre nosotros, la vida en común es imposible.

Desde hace bastante tiempo, desde hace un año, sobre todo, vengo observando en ti un cansancio que se parece mucho al fastidio, y que te confieso me produjo intensísimo dolor cuando me hice cargo de ello. Comprendo que anduve torpe, desacertada, que no me fijé en tu carácter y en tus pocos años; pero ¡qué quieres! desde aquel momento consideré muerto nuestro amor, y no pensé, lo sentí, lo sentí de una manera atroz, con tal fuerza y tanta desesperación, como los hombres no tenéis idea ni podéis siquiera concebir.

Poco á poco he visto que te alejabas más y más de mí; que mis coqueterías, mis gritos, mis escenas, mis lágrimas no servían para nada; mi amor propio se ha sublevado al fin, y al llegar á un punto en que no he podido más, tú mismo, con tu proceder inconcebible, has venido á darme la razón y á demostrarme la certeza de lo que yo pensaba. Que mi nombre y mi cariño no levantaban ningún eco en tu pecho, ni siquiera el del respeto.

Mi madre y yo pensamos emprender muy en breve un largo viaje, que no sé cuánto durará, quizá lo que me reste de vida. Nuestra situación tiene, por consiguiente, que quedar arreglada de un modo definitivo, para que, aunque muramos alguno de los dos, no volvamos á molestarnos, y por esto te escribo, esperando que no te opondrás á lo que te aconseje y proponga sobre el particular el abogado de casa.

Adiós; sé muy feliz lejos de mí; todo lo feliz que yo no logré hacerte, y si te acuerdas alguna vez de Mercedes, no reniegues de su memoria, porque, ya ves si será franca en este momento en que se separa para siempre de ti, te quiso, te quiso sin cálculos de ninguna especie, te quiso por tu persona y por las buenas cualidades que veía en ti, te quiso como es difícil que vuelva nadie á quererte. Si no consiguió lo que pretendía, no fué sino por su desgracia. Dios, que desde el cielo ve las intenciones de las personas, juzgará mejor que nadie su conducta y la absolverá de sus faltas por lo mucho que ha sufrido.»

(Al acabar de leer, queda Eduardo profundamente pensativo.)

PEPE. ¡Pobrecilla! ¿Ves cómo efectivamente es ésa una muestra de lo que vale tu mujer? ¿Qué te pasa, hombre? ¡Parece que estás impresionado!

EDUD. (Levantándose y fingiendo exagerada alegría.) ¿Impresionado? ¡Qué locura! Soy libre, Pepe, libre como el aire; ¿hay cosa mejor que ésta? ¡Quién hace caso de papeles! ¡Se miente muy bien por escrito! (Aparecen en el fondo Lilí y La Pizca vestidas de manera muy vistosa, riendo y alborotando.) Ahí las tienes; ésas son las verdaderas mujeres, las que divierten y no preocupan, las que se toman cuando conviene y se dejan cuando fastidian, las que no le gritan á uno ni le cansan. Anda, entretenlas. Yo voy á ver si Ninica está vestida, porque si no nos va hacer esperar un siglo. Hasta

ahora. Adiós, hijas mías. ¿Qué? ¿que tenéis hambre? ¡Al pelo! Dentro de un minuto encontraréis donde hartaros. ¡Hasta ahora! ¡hasta ahora! (Vase por la puerta del cuarto de Ninica.)

## ESCENA VII

**Lilí,** la **Pizca, Pepe Orense,** después **Rafael** y **Petra.**

LILÍ. ¿Qué le pasa á ese tipo? ¿Está borracho?

PIZCA. Parecía que iba á embestir. ¡Qué miedo!

PEPE. Tiene la peor de las borracheras. La que nos empeñamos en tomar para no convencernos de que hemos hecho una tontería. Hija, eso es cuerpo y hechuras y andares.

LILÍ. Sí, y aquel. Oye tú, ¿dónde vamos á comer? ¿aquí?

PEPE. No sé; me parece que en el comedor.

LILÍ. ¡Pues si aquí se está tan bien! Ea, yo quiero comer aquí, y si no, nos vamos á un restaurant cualquiera! Mira, una idea: entre los tres y algún criado que nos ayude, traemos aquí la mesa y les damos esa sorpresa. Tú, Pizca, quita muebles, aparta todo á un lado. (La escena ha de ser de mucho barullo y muy animada.)

PEPE. ¡Esto es asaltar una casa!

LILÍ. ¿No nos convidan de toda confianza? Pues con toda confianza hacemos lo que nos parece.

PIZCA. ¡Claro, como si estuviéramos en la nuestra!

LILÍ. Nada, nada, que se repita uno de los célebres almuerzos de la Ninica.

OREN. Entonces, si vosotras encontráis tan natural la cosa, nada me queda que objetar; vamos por la mesa. (Entran todos y salen poco después trayendo la mesa servida, ayudados por Rafael, lacayote forzudo y de buena facha que vestirá correctamente.)

(Dentro y hablando todos á un tiempo.)

LILÍ. Anda, agarra tú de ahí... ¡no! ¡Torpe!

RAF. Cuidao, mucho cuidao con el cristal.

PIZCA. ¡Ay, que me he cogido un dedo! (Todos ríen.) Sí, ¡reiros, que tiene gracia la cosa!

PEPE. ¡Cállate guasona!
PETRA. ¿Por dónde? ¿por aquí?
RAF. Sigue, sigue tu camino.
PETRA. ¡So!... (Se detienen.)
PEPE. Anda, andad, traednos sillas, bancos, lo que encontréis.
PIZCA. ¡Qué divertido! ¡Comer en una casa donde todo está tan en orden!
(Petra y Rafael entran y salen con sillas, cubiertos y botellas.)
LILÍ. ¿Pero qué hora es? ¡Si van á dar las dos y media! ¡Qué escándalo! ¡Así estoy yo que siento en el cuerpo una cosa que me sube y otra que me baja! (Todos jalean estas palabras. Nada, nada, á sentarnos y que nos sirvan y si no, á darles cencerrada hasta que vengan. ¡Así, así! (Empieza á dar con el cuchillo en la copa y sucesivamente y entre grandes risas le van imitando la Pizca, Pepe y por último Petra y Rafael.)
PIZCA. ¡Bravo! ¡Aprieta, Pepe!
LILÍ. Á Rafael.) Tú también, gaznápiro, y tú, Petra; fuerte, fuerte para que no nos dejen morir de hambre. (Gran estrépito, que no cesa por la llegada de Ninica, Eduardo, la Cosquillas y Miguel.)
LILÍ. ¿Tú aquí, Cosquillas? Me alegro, porque te voy á arrancar los ojos. ¡Ven! ¡ven! Menos mal que mientras almorzamos te soltaré todos los insultos que tengo guardados.

## ESCENA VIII

**Dichos, Ninica, Eduardo, la Cosquillas y Miguel.**

(Estos dos encantados; Miguel un poco más alegre que antes, y comenzando por beber una copa de las que están en la mesa. Ninica seria y mirando de vez en cuando á Eduardo; éste hablando muy poco; pero conociéndosele que está violento por la presentación que le acaban de hacer y por el nuevo convidado.)

COSQ. No, si yo me voy ahora mismito.
LILÍ. Eso sí que no, ¿verdad, Eduardo? ¿verdad que la convidas? ¡Pues claro, y si no te convido yo y es lo mismo! Nada, nada, te quedas y luego nos vamos juntitas á casa.

PEPE. (Á Eduardo) ¿Qué tienes? ¡Vaya una cara!

EDUD. Déjame, hombre; ¡no seas pesado con tus bromas!

NIN. (Aparte.) No sé, no sé, se me escapa. ¡Cada vez le siento más lejos de mí! ¡Qué generosa estuve en concederle posada por quince días!

PIZCA. (Á Miguel.) Anda, ¿tú también por aquí, Miguel? Te han echado de casa de...

NIN. (Interrumpiéndola con viveza.) Vamos, vamos á almorzar que es tardísimo; á animarnos, á beber. ¡Bulla! ¡bulla! ¡Yo no puedo vivir tranquila! Necesito gritar, reir, algo que se me suba á la cabeza. ¡Todos alrededor de la Loca!

(Escena muy movida: todos se sientan á la mesa. Eduardo permanece alejado.)

MIG. (Armando jaleo y ayudando á todo el mundo, como quien asume la dirección de una casa.) Eso, eso, ¡juerga! Colocaos. No, tú, Pizca, á mi lado. Tú, Antonia, ahí. Y ahora, á tomar fuerzas, á cambiar impresiones. ¡Poquito que me gustan á mí estos almuerzos!

NIN. (Á Eduardo desde la mesa.) ¿Vienes?

LILÍ. Déjale; está con murria. ¡Está como venía á tu casa cuando vivía con su mujer!

(Todos aplauden las palabras de Lilí. Pausa. Miguel, completamente borracho, se levanta y fingiendo aires muy ceremoniosos se acerca á Eduardo entre las risas de todos.)

MIG. (Abrazándose á Eduardo para no caer.) ¿Necesitas que te den el brazo para llegar á la mesa, Eduardo de mis entretelas?

EDUD. (Rechazando bruscamente á Miguel, que cae al suelo.) ¡Déjeme usted! ¡No me toque! (Los de la mesa se levantan asustados y contienen á Miguel, haciéndole sentarse de nuevo en su sitio. Ninica, muy impresionada, se pone en pie sin saber qué hacer.)

NIN. ¡Eduardo!

EDUD. (Aparte.) ¡Qué bajo he caído! ¡qué bajo! ¡Ahora comprendo que los demás me desprecien y no quieran ni pronunciar mi nombre!

(Se dirige á la mesa, donde se renuevan la animación y los gritos, al tiempo que Rafael descorcha una botella de champagne y Petra aparece con el primer plato servido.)

PEPE. ¡Viva Ninica!
LILÍ. ¡Champagne, que me muero de sed!
MIG. ¡Ole, ole, ole!
PIZCA. ¡Venga de ahí!

(Todos á un tiempo y mientras baja el telón.)

TELÓN

# ACTO TERCERO

La misma decoración, con algún desorden en los muebles. Trajes y sombrerera encima de las sillas. Un par de botas en una mesa.

## ESCENA PRIMERA

**Ninica** en peinador. La **Cosquillas** leyendo un periódico con los lentes puestos. **Petra,** sentada en el suelo, arreglando las manos de Ninica. **Mr. Ossian,** peluquero francés muy elegante, peinando á Ninica, delante de un *psyché* colocado en medio del cuarto y con una mesita al lado, donde habrá dispuesto sus útiles de artista. (Mientras los demás hablan, Ninica estará muy distraida y preocupada.)

COSQ. (Leyendo el folletín.) La Condesa, con voz de trueno, exclamó entre suspiros: ¡No, no me forzaréis... (Volviendo la hoja) no me forzaréis á tomar una resolución que deshonre para siempre mi nombre y acabe con la integridad de mi... (Declamando.) Bueno, y aquí acaba.

PETRA. Pero siga usted, que eso de la integridad es precisamente lo interesante.

COSQ. Quiero decir que aquí acaba el folletín de este número. ¡Vaya un titulito! El tambor, digo el honor de la pequeña Condesa, vivir muerta ó morir viva, y escándalo del 33 regimiento de dragones.

PETRA. ¡Qué lástima que no continúe el escándalo! (Á Ninica dejándole de frotar la mano.) ¿Está así bien?

NIN. (Mirándose los dedos.) Aún no está bastante encarnada. Sigue dándole hasta que las cinco uñas parezcan cinco sabañones.

PETRA. (Volviendo á frotar las manos de Ninica y dirigiéndose á la Cosquillas.) Pues entonces, lea usted ahora los asesinatos, que también eso me divierte mucho Hay días que vienen los periódicos sin desperdicios.

COSQ. (Leyendo.) ¿Los crímenes? Aquí están. Crimen sensacional: horrible parricidio; la bestia humana... liquidación de señoras... consulta de trajes... digo... me he equivocado...

PETRA. No: ahí, ahí donde dice que el amante hundió veinticuatro veces seguidas el arma en el cuerpo de su infeliz amiga.

COSQ. Me parece que exageras, hija... ¿A ver, á ver?

MR. O. (Apartándose de Ninica y contemplando su trabajo en actitud pensativa.) ¡Oh, no, *ce n'est pas ça*, *ce n'est* lo que *j'avais* soñado... ¡ah *quel rêve!*

NIN. Pero ¿qué le pasa á usted, hombre?

MR. O. *Mademoiselle*, comprenderá usted que no viene por poco tiempo un verdadero artista de Biarritz... *pour cuafar* una tanto bonita cabeza como si se tratar de *celle* de una cualquier cosa, una no importa quién. Hay tan pocas veces en que se puede hacer arte puro con señoras como usted. (Continúa mirando el pelo de Ninica con actitud inspirada.)

COSQ. ¡Aquí está, aquí está lo del crimen! ¡Oye! (Leyendo) Nuevas conferencias. Hipótesis verosímil! ¿Quién será el responsable de todo? ¡El principio del fin! Al salir el coche del señor presidente después de la conferencia con...

PETRA. ¡Pero, señá Antonia, si está usted leyendo eso que dicen la crisis!

MR. O. (Dándose una palmada en la frente y lanzando un grito que asusta á las mujeres.) ¡Ah! *¡bon Dieu! Je le tiens*, *cette fois je le tiens et pour de bon*. (Poniéndose de rodillas) *mademoiselle restez* tranquila, por *charité*... ¡Ah! Lo veo, lo veo... *Quelle crèation* ¿Usted no tiene interés en usar les *bandeaux* de virgen?

NIN. No, no, ¡qué más da!

COSQ. (Dejando el papel y acercándose á Ninica.) ¡Pero qué guasones son estos peluqueros!

MR. O. *Alors*, déjame... deje hacer á mis manos. Abandónese usted á mis manos por completo, sin miedo, sin reservas. (Trabajando.)

NIN. ¡Ay! ¡Que me arranca usted el pelo, condenao!

MR. O. Yo suplico á *mademoiselle* de aguantarse y de recordar que un peluquero como yo tiene derecho á todo. Un *coiffeur* es todo, es poeta, es político, es un hombre... en estado, es ese que adivina vuestra alma, que os comprende, que sabe ejecutar una señora... ¡Ah, la ejecución! *¡Voilà la chosse!* Si las señoras me dieran carta blanca y yo pudiera ejecutar á mi grado en ellas *tout ce* que me viene á la idea... *parce que mon imagination* es un infierno quemante. La cabeza más baja, *s'il vous plaît.*

COSQ. (Con desprecio.) ¡Y pensar que por un real me hace á mí lo mismo la Macaria y se me está poniendo bandolina hasta que tengo que decirla que pare!

MR. O. Usted no sabe cuántos compromisos de casas tiene estos días en Madrid.

NIN. Cuénteme, cuénteme, que eso me divierte mucho.

MR. O. Ahora vengo de casa de la Marquesa de Vidalegre, de entregarle justos los moños que piensa ponerse por lo que resta de invierno, y antes de la noche éstoy obligado de entregar á la Condesita de San Mamés un juego completo para delante. ¡La elegancia es mi débil! (Mírese usted en la *glace.*) Ahora déjeme darle el último golpecito, ó como en Madrid se dice... el golpe de la grasia. (Aléjase para contemplar su obra y con ademán inspirado da dos ó tres golpes en el pelo.)

COSQ. Vamos, sí, la puntilla (Contando los golpes de Ossian.) Uno... dos... tres...

MR. O. *Voilà* (Recogiendo sus bártulos.) Si *mademoiselle* no necesita de mí, yo le ruego de permitirme

que me ausente. (Ninica se levanta y ayudada por Petra se quita el peinador y arregla la bata.)
Mañana, y después de mañana, tendré el gusto de volverla á ver, para acabar de iniciarla en los últimos gritos del arte... Si *mademoiselle* lo desea, la podré surtir de esencias, *veloutine*, perfumes, jabones del harem, pudras orientalas, diversos compuestos de mi invención... Tengo un surtido completo en cabellos ajenos y propios, transformaciones de todos los matices del iris... Tampoco me faltan peines... Y, por último, poseo una verdadera colección de conchas.

COSQ. Ya se ve, ya se ve.

MR. O. (Que ha acabado de recoger todo.) *Alors... je* me retiro... *Bonjour*, *mademoiselle; bonjour, mesdames*. Si la señora tuviese novedad y quisiera avisarme...

NIN. ¿Eh?

MR. O. Aquí tengo el honor de dejar mi carta. Ossian de la Blondinière, artista capileiforme, *ondulateur* sin rival, comendador de la Rosa *violette* de *Thésalie*. Establecimiento en *París*, *Nice*, *Biarritz*... Servicio en no importa qué condiciones... Especialidad para preparar novias, discreción y reserva absolutas...

NIN. Sí, sí... Ya le avisaré.

MR. O. He tenido un verdadero gusto en que el señor Marqués, á cuya mujer tuve la honra de peinar, me haya hecho conocer á una señora como *mademoiselle*, que tanto ocupa con sus encantos á la alta sociedad de Madrid. (Al ir á marcharse tropieza con Pepe Orense que entra.) ¡Ah, *pardon*, *monsieur! ¡mademoiselle!*, *¡mesdames!*, *à vos ordres*. Buenas días. (Vase.)

## ESCENA II

**Ninica,** la **Cosquillas, Petra, Pepe Orense.**

(Ninica, que ha estado perfilándose junto al espejo, corre al encuentro de Pepe, y sentándose de espaldas al público empieza á referirle su historia con mucha animación. La Cosquillas, y Petra apartan el espejo á un lado y arreglan el cuarto, llevándose al salir el peinador, las botas y demás prendas de Ninica.)

NIN. ¡Pepe! ¡Gracias á Dios! ¡Si vieras con cuánta impaciencia esperaba tu visita! Mira, Petra, llévate todo esto, que cualquiera que lo vea dirá que no hay orden en mi casa, y tú (A la Cosquillas) estáte alerta, y cuando vaya á salir Eduardo, avísanos.

PEPE. ¿Qué sucede? (Siguen hablando.)

PETRA. (Mientras recoge los vestidos.) ¡Ay, señá Antonia! ¡Qué labia tienen algunos! ¡Miste que si yo con mis prendas personales y las de vestir que me regala la señora de cuando en cuando tuviese ese talento del habla, no me vería como me veo!

COSQ. Pues lo que es á mí, te aseguro que no me achican esos francesotes con tanto betún como se dan y tanto doblar el espinazo y... después de todo, ¡na! ¡migas! Si es lo que yo digo, en el fondo toas, y yo la primera, semos unas infelices vergonzosas, aunque alguna que otra vez parezca lo contrario.

PETRA. Pues claro que sí. ¡Lo que á mí me pasa! Supongamos que viene uno cualsiquiera y empieza á bromear conmigo y á... pues, misté, que no se me ocurre decirle ni esto... y me quedo pegada á la pared.

COSQ. (Marchándose.) ¿Á la pared? ¡Hija, qué raro! (Vanse.)

## ESCENA III

**Ninica y Pepe Orense.**

(Pepe en pie, Ninica sentada, con la cabeza entre las manos y muy abatida.)

PEPE. ¿Y me has llamado para eso? Anímate, mujer, que ya se arreglará todo.

NIN. ¡Sí, sí, arreglarse! Lo que estoy deseando es que se concluya, porque para vivir así no vale la pena de ser una tan alegre.

PEPE. Pero ¿qué pasa de nuevo?

NIN. Lo de siempre, que no se acomoda, que no concluimos de entendernos.

PEPE. ¿Le has dado tú algún motivo para...

NIN. ¿Yo? ¡Anda, si desde que vino á mi casa y comenzó esto me siento de una moral que á veces me asusta! Para mí los demás hombres, como si fueran... objetos.

PEPE. ¿Entonces?

NIN. ¡Qué quieres! Los jóvenes sois muy particulares. Cuando veis de cuando en cuando á una mujer, todo os parece bien y resultáis encantadores; cuando la veis siempre, os convertís en maridos y resultáis tan inaguantables, que cualquier engaño está justificadísimo.

PEPE. ¡Ninica!

NIN. ¡Ay, Pepe! Hazme caso... Nunca admitas para siempre en tu casa á un hombre!

PEPE. Descuida... si alguna vez me decido... admitiré á una mujer... Pero díme, ¿qué pasó anoche? Aún no has acabado de contármelo.

NIN. Es verdad. Te había escrito para eso, y ya se me olvidaba. ¡Está una tan pusilánime! Pues verás. Ya sabes que ahora apenas si Eduardo para en casa. Está como loco, desde hace dos días sobre todo...

PEPE. Sí, desde que se acerca la marcha de su mujer.

NIN. ¡Ay, hijo, su mujer! ¡Lagarto! ¡Qué alusiones haces de tan mal gusto! Pues bueno,

anoche después del teatro nos pusimos á cenar y ocurrió una cosa que no tiene nada de particular...

PEPE. ¡Ya, os alegrasteis!

NIN. Cabal. Y la Cosquillas, que estaba aquí, se disparó y la tomó con Rafael, el criado de Eduardo... Ya ves qué importancia tiene eso, ¿verdad? Y además, era una broma, y además, la dignidad humana claudica de vez en cuando, y lo que toca á la Antonia, ya podía darse con un... ¡Ay, perdona! ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! Pues Eduardo se puso hecho una furia: que si en su casa, que si patatín... que si éramos... ¡figúrate! Ya te he dicho que estábamos algo alegres de *champagne*, ¿sabes? sólo de *champagne*, porque en mi casa y en esas cenas no se bebe más que *champagne*; pues bueno, el condenao de Miguel, que también estaba allí, empieza á defender á la Antonia... Eduardo y él se agarran de palabras... se levantan... los separamos... comienzan á llover mojicones, á mí me alcanza uno en... bueno, eso es un detalle... Los chufines de la Cosquillas vuelan por un lado, que si no estamos como estábamos me da á mí un accidente histérico de risa forzosa... y, en fin, hijito, á puñaos y como pudimos encerramos al uno en mi cuarto, echamos al otro á la calle, y aquí nos tienes, á la Antonia de centinela... á Eduardo dormido como un tronco... y á mí sin haber podido pegar los ojos pensando en lo que debo hacer para que no vuelva á repetirse más el escándalo de anoche y no resulte esto una casa de... tararira.

PEPE. Mujer, si estaba como dices, cuando despierte no se acordará de nada.

NIN. No, no: se hartó el niño, y si no me adelanto yo, me dejará él con un palmo de narices á las primeras de cambio; y eso sí que no, eso sí que no y no: estoy resuelta; no quiero que digan por ahí que la Ninica se ha dedicado á ama de huéspedes y que en

su casa se ceden sala y gabinete amueblados, con ó sin.

PEPE. ¡Dejarle! Para convencerme de que eres capaz de ello necesitaría saber una cosa; necesitaría que me contestaras con franqueza á esta pregunta: ¿quieres á Eduardo, sí ó no? ¿le quieres?

NIN. ¿Sabes que eres un vivo? ¡A veces te arrancas con unas preguntitas, que ya, ya! ¿Que si le quiero? Aguarda que lo piense. ¿Quererle? Hombre, quererle bien, bien, vamos, así como para echar todo por la ventana por él, por no poder vivir sin su compañía, no... así no... pero quererle mal, tampoco. Mira, me gustaría separarme de él, si llegara ese caso, dejándole contento, agradecido, feliz á ser posible. Así quedaba yo bien, y él, al hablar de mí, diría: ¿La Ninica? ¡buena muchacha! Conmigo se portó como una persona decente. ¿Comprendes?

PEPE. Sí; lo que no veo es lo que sacarás con dejarle así, de pronto, para que te herede cualquiera de tus amigas... la Lilí... la... ¿qué se yo? cualquiera.

NIN. Ahí tienes por lo que no lo he hecho ya. Por eso no paso. A mí no me divierte, ¿eh? Le dejo. ¿Que se arregla con su mujer? Muy santo y muy natural: ¡la pobre chica! Ya le daría yo de buena gana dos consejitos al oído!...porque, al fin, ¡es cosa suya! Pero ¿que se lo lleve alguna de esas sinvergonzonas que vienen aquí? Eso sí que no y no. Para eso bien está San Pedro en Roma.

PEPE. ¿Y cómo lo vas á evitar? Advierte que respecto de su mujer es cosa suya, como dices muy bien; pero respecto de las demás, Eduardo es un bien mostrenco. Algo que no es de nadie y puede ser del primer ocupante.

NIN. ¡Del primer ocupante! Por eso quiero que me ayudes. Necesito un medio... algo... algo muy extraordinario para satisfacer un

antojo, un capricho, una extravagancia, de que quizás me arrepentiré mañana, pero que se me ha ocurrido hace dos noches y desde entonces no me deja pegar los ojos. ¿La digo? ¿No te asustarás? Pues ahí va. ¡Me gustaría devolvérselo á su mujer!

PEPE. Ninica... ¿es posible?

NIN. (Interrumpiéndole vivamente.) Sí... pero con una condición.

PEPE. ¿Cuál?

NIN. La de que viniese ella misma á buscarlo aquí y lo recibiera de mis manos. ¿Te figurabas que se lo iba á mandar yo como quien manda una invitación para comer en la misma mesa?

PEPE. ¡Perdón! ¡Creí que hablabas en serio! ¡Eso es disparatado!

## ESCENA IV

**Dichos, Lilí** (muy elegante y llamativa).

NIN. (Viendo á la Lili.) ¡Anda! ¡Pues no comienzan poco temprano los festejos!

LILÍ. ¡Hola! Juntitos y de secreteo, ¿eh? Ya se lo contaré todo á Eduardo. (Á Ninica.) Oye, tú, ¿sabías que el joven ese fué ayer tarde á paseo y después recorrió todos los teatros, y después...

NIN. Vino aquí... y después... ¡ay! iba á decir una inconveniencia.

LILÍ. Lo que no sabes es que ayer hizo todo eso para probar si *guipaba* á su mujer por alguna parte, lo cual que no lo consiguió, y eso que estuvo paseándole la calle como un estudiante, y que por la mañana se entró en la iglesia para oir no sé cuántas misas.

NIN. ¿En la iglesia? ¿Y estabas tu allí? ¿También te has metido á devota?

LILÍ. Estaba mi criada, que me lo ha contado y es una santa.

NIN. ¡Pues lo que es los ejercicios espirituales que aprenda en tu casa!

LILÍ. ¿En mi casa? Te figurarás que es una plaza de toros.

NIN. Otras comparaciones habrá peores.

LILÍ. Pues, hija, aún no ha ocurrido ningún escándalo en ella, como ha pasado en otras, ni ningún vecino se ha quejado de mí.

PEPE. ¡Qué se han de quejar!

LILÍ. Además, la criada ha entrado, según dice, para convertirme.

NIN. ¿Para convertirte? ¿en qué?

PEPE. (Aparte.) ¡Huy! ¡cómo se va poniendo esto!

LILÍ. Pues sí, para ver á su mujer... á *su* mujer... ¿No te ha contado nada Eduardo? ¿No te impresiona? Yo, como buena amiga tuya, he dicho: pues me voy á decírselo con todo género de precauciones, porque, para mí, el niño ese es como los personajes de las comedias, que hacen que se van de su casa y... vuelven y dejan con un palmo de narices á cualquiera. No te quejarás de mi delicadeza ni de mis formas. ¿Verdad tú, Pepe?

PEPE. ¡Qué me he de quejar, digo, qué se ha de quejar. (Á Ninica.) ¡Prudencia, mucha prudencia!

NIN. (Aparte.) ¡El medio, el medio que te he pedido, y quítame pronto á esta mujer de aquí, porque estoy viendo que la araño!

LILÍ. ¿Y Eduardo? ¿Aún no ha salido? Anoche me desafió á que no era capaz de venir á verle. Figúrate, desafiarme á mí por una cosa tan corriente!

NIN. Sí, sí tú eres capaz de todo.

LILÍ. De todo... lo bueno.

NIN. ¡Ah, claro!... ¡por supuesto! (Aparte á Pepe.) ¿Ves cómo es necesario que esto acabe?

LILÍ. Es lo que dicen los que llegan á conocerme: yo no soy lo que parezco. ¡Doy cada chasco!

NIN. Pues, hija mía, en eso nos diferenciamos: yo parezco lo que soy y nadie se queja de

ello. (Aparte á Pepe.) No puedo, ea, no puedo; á ésta acabo hoy arrancándola el moño. (Siguen discutiendo.)

## ESCENA V

**Dichos** y la **Cosquillas,** que entra haciendo gestos de que se callen.

COSQ. Ya sale... ¡Mucho cuidado!

LILÍ. ¡Pues no haces pocos misterios para decir que viene Eduardo! ¡Ni que estuviera á punto de morirse y fuera necesario avisar á la parroquia!

NIN. (Aparte, como sorprendida por una idea.) ¡Á punto de morirse!

LILÍ. ¿De qué padece? ¿Qué remedio le dais? (Siguen hablando Lilí y la Cosquillss )

NIN. (Á Pepe.) Oye, Pepe. ¿Tu crees que la mujer de Eduardo está enamorada... verdaderamente enamorada de su marido... y que no es una de tantas niñas insulsas como hay por ahí? Contéstame con lealtad, con la misma lealtad con que te estoy hablando.

PEPE. Ya que lo quieres, sea, y si peco contra su amistad, que la intención me valga. Creo que, hoy, Mercedes quiere á Eduardo con más pasión que nunca, que se marcha desesperada, que haría por él cualquier sacrificio, cualquiera, menos el de...

NIN. Vamos, sí; menos el de dar el primer paso para... (Haciendo con los dedos el signo de unión.)

PEPE. Eso.

NIN. (Como hablando consigo misma.) Y sin embargo, hay momentos extraordinarios, circunstancias en que una mujer rompe por todo y... yo, por lo menos, así lo haría... sin dudar, sin...

PEPE. ¿Qué piensas, Ninica, que estás cavilando?

LILÍ. (Á la Cosquillas.) De modo que tú crees que esto se enfría.

COSQ. Sí; pero ya se encargará Ninica de atizar el fuego cuando la convenga.

LILÍ. A menos que no haya otro que sople...

COSQ. Y le salten las chispas á la cara, que todo es posible.

PEPE. Mira, ahí tienes á Eduardo... Corre á él... abrázale...

NIN. ¡Correr! ¡Abrazar! ¡Qué mujer tan tonta hubieras hecho, Pepe! ¡Aprende! (Sentándose en la silla que está junto á ella y comenzando á extender las cartas de una baraja encima de la mesa como si se las echara.)

## ESCENA VI

**Dichos, Eduardo.**

(La situación de los personajes será ésta: á la derecha (del espectador) la Cosquillas y Lilí; á la izquierda, junto á una mesita, Ninica y Pepe Orense; Eduardo comienza por saludar á Lilí y luego á Ninica, según lo indica el diálogo.)

EDUD. (Saludando á Lilí.) ¡Hola! ¡Tanto bueno por aquí! ¡Bonita manera de cumplir lo prometido!

LILÍ. ¿Cómo querías que te pasase recado, si estaban éstos aquí, juntitos?

NIN. Sí. Nos aprovechábamos de tu ausencia para abrazarnos. Dílo, mujer, dílo y no tomes esos aires relamidos de persona discreta.

EDUD. ¡Hola, Pepe! No sabes cómo me alegro de encontrarte, porque justamente quería ir á tu casa.

PEPE. (Aparte á Eduardo.) Mañana se marcha. Luego hablaremos.

LILÍ. (Á Eduardo.) Vamos, no seas mal educado, hombre; ven á darme conversación, porque este viaje es para ti sólo... ya puedes agradecérmelo.

(Eduardo va al sofá donde está Lilí y comienza á hablar muy animadamente con ella.)

NIN. (Á Pepe.) ¿Qué le has dicho en voz baja?

PEPE. Que su mujer se va mañana.

NIN. ¿Y te lo tenías tan callado? ¿Entonces?.. (Atendiendo á su juego de cartas.) Oye, Antonia, haz el favor: ¿qué quiere decir una sota de copas detrás de un caballo de oros?

COSQ. (Uniéndose al grupo de Ninica y Pepe.) Según; si tiene los pies por alto y es quien yo me figuro, tenlo por buena señal.

NIN. Ven, ven; míralo y acaba de sacar el juego. (La Cosquillas coge las cartas.)

LILÍ. (Coqueteando.) ¿De veras? ¿Y qué dirán cuando lo sepan las demás potencias europeas?

EDUD. De las demás no te ocupes, teniéndome á mí al lado.

COSQ. (Mientras baraja, á Ninica.) Ándate con ojo, que la Lilí se las trae.

NIN. Que se las trae lo ve un ciego. Anda, Antonia, baraja... baraja... ¿Á ver? (Corta, mira la carta y tira la baraja con rabia.) ¡Mala pata!

EDUD. (Á Lilí.) ¡Palabra!

LILÍ. ¡Á qué no! ¡Guasa viva! Mucha boquilla y después... la del humo... (Eduardo dice algunas palabras al oído de Lilí; ésta se ríe descompuestamente.) ¡Ay qué gracia! Pero oye, Ninica, por fuerza le has dado algo á este hombre... está cambiado... ¡Acaba de hacer un chiste!

NIN. ¿Y se lo has reído?

LILÍ. Como que estoy esperando boquiabierta que diga otro para abrazarle delante de todo el mundo sin miedo á la vergüenza.

NIN. ¿Sin miedo á qué?

LILÍ. A la vergüenza. ¿No lo habías oído?

NIN, Sí, pero me había chocado.

LILÍ. La falta de costumbre. (Vuelve á hablar con Eduardo.)

NIN. (Aparte, con fuego, á Pepe ) Pepe, estoy resuelta...

PEPE. ¿A qué?

NIN. A lo que te dije. Hoy mismo tiene que quedar todo arreglado. ¿Sabes cómo? Pues así... no te espeluznes, porque como lo digo lo hago. (Comienza á explicarse con mucha expresión. La Cosquillas oye también, y los gestos de asombro de ambos vienen á coincidir con la animación del diálogo entre Eduardo y Lilí.)

LILÍ. (A Eduardo.) ¡Se pensará!

PEPE. }
COSQ. } (Á Ninica, los dos á un tiempo.) ¿Estás loca?

NIN. ¡Calla! Y después... (Sigue hablando bajo, sin perder de vista á Eduardo y á Lilí.)

EDUD. (Á Lilí.) ¿Cuánto va que de esta hecha nos entendemos?

LILÍ. Según y cómo.

PEPE. (A Ninica.) Es imposible. No cuentes conmigo para ello. Además, sería inútil.

NIN. ¿Inútil? ¿Cuánto apostamos á que no?

LILÍ. (Á Eduardo, con abandono.) ¿Y cual será el fin de todo esto?

EDUD. (Entusiasmado y abrazándola.) El fin, no sé. El principio, ¡mírale!

LILÍ. ¡Favor! ¡No mires, Ninica!

NIN. (Levantándose furiosa.) ¡Ea, se acabó! ¿Os habéis propuesto burlaros de mí? (Á Lilí.) Ya estás cogiendo la puerta y largándote. ¡Y como vuelvas á poner los pies en mi casa, recuerda que la Ninica ha sabido más de una vez abofetear con sus dátiles á la persona que se ha atrevido á insultarla!

EDUD. ¡Ninica, repórtate! Parece mentira, mujer. En cuanto se araña un poco en ti, aparece la rabanera.

NIN. (Con ímpetu.) ¿Y qué querías que apareciera? ¿La duquesa? ¿En qué palacio me has conocido para exigirme finuras?

LILÍ. Pero, hija...

EDUD. Déjala. Ya se le pasará. Se conoce que es la calentura. Cuando acabe, avisas. Pero te advierto que, como no tengo la vocación de domador, el mejor día me largo y te dejo encerrada en casa.

NIN. (Á la Lilí.) Ya lo estás oyendo. Anda, vete preparándole cuarto en la tuya.

PEPE. (Sujetándola, mientras la Cosquillas sujeta á Lilí.) Ninica, ¡no escandalices!

LILÍ. Ya me voy, ¡descuida! y no te amontones así, que no es para tanto, y debías estar ya un poco más hecha á estos lances.

NIN. (Forcejeando con Pepe.) ¡Déjame, déjame!... ¡porque la mato!

LILÍ. (Alejándose hacia el fondo.) ¡Adiós, Eduardo! Y á ver si acabamos nuestra conversación... Adiós, Ninica... ¡hasta mañana! Si se *ta pasao* el sofoco y quieres que salgamos juntas, me telefoneas, y si no, tila, tila... que

eso calma mucho los nervios. (Desaparece riéndose.)

NIN. (Desprendiéndose de Pepe y corriendo hacia la puerta, donde la detiene la Cosquillas.) ¡Aguarda! ¡aguarda! ¡que aún no sabes cómo te sienta la ropa!

COSQ. (Sujetándola.) De aquí no se pasa.

NIN. (Luchando.) ¿Que no?

EDUD. (En primer término, después de haber seguido con curiosidad la escena.) ¡Muy bonito! ¡muy característico! Tipos españoles. ¡Lástima de autor extranjero que presenciara todo esto para sacarlo en una novelita de buenas costumbres!

NIN. (Adelantando furiosa y lentamente hacia primer término.) Oye, ¿te figuras que eres capaz de imponerme respeto con tu *dignidá apolillá* y tus aires de melón á cala? Si mis maneras no te convienen, tienes la puerta de par en par. La coges... y aquí paz y después gloria, ¿entiendes? ¡Pero lo que es burlarse de la Ninica en su cara, ni tú ni cien como tú conseguiríais hacerlo? Hala... aquí, ó allí... donde quieras.

EDUD. ¿Es un desafío? Acaso mañana lo acepte. Mientras tanto, prefiero no ponerme á tu altura y dejarte en la calle en un momento de mal humor. (Vase á su cuarto, cerrando la puerta con violencia.)

## ESCENA VII

**Ninica, la Cosquillas, Pepe Orense.**

NIN. (Recorriendo la habitación á grandes pasos y hablando unas veces consigo misma, otras con Pepe y la Cosquillas.) ¡En la calle!... ¡Y aún se figura que es él quien me hace el favor! ¡Los hombres, ah, los hombres! Todos lo mismo siempre. Y nosotras tan imbéciles, tan tontas que aún nos preocupamos por ellos... ¡Malditos sean!

COSQ. Mujer, ¡cálmate! ¡no te encapotes de ese modo!

NIN. Lo inverosímil, lo grotesco es que ese mismo pelele vino aquí hace ocho días dicien-

do que me adoraba y contándome horrores, ¡pero, chico, horrores de su mujer!

PEPE. Pues ahí verás. A pesar de eso, si hoy encontrara un medio de reconciliarse con ella, sería feliz. Así es la vida.

NIN. (Como asaltada de un nuevo pensamiento y variando de expresión é idea.) ¡Es verdad! ¡Feliz!... ¡su mujer! ¡tienes razón! ¡Y yo, que dudaba antes! ¿Qué mejor venganza? Sí, sí, es preciso hacerlo sin perder tiempo, antes que se marche. Puesto que tú (A Pepe) te niegas á servirme, oye, Antonia... (La Cosquillas se acerca y las dos mujeres cuchichean entre sí.)

PEPE. ¿Qué quieres? ¿qué discurres? ¿Persistes en esa locura?

NIN. Sí, sí, déjame. (A la Cosquillas.) ¿Has oído bien? ¿Estás enterada? ¿Representarás bien tu papel?

COSQ. Sí... pero...

NIN. ¿Lo haces ó no lo haces? Si no lo haces, hemos concluído también. Lárgate.

PEPE Pero, repara...

NIN. (A La Cosquillas.) ¿Qué decides?

COSQ. (Cogiendo un mantón y mantilla que estarán en una silla.) Como quieras, y que la suerte nos ayude. (Vase.)

NIN. (A Pepe, cada vez más excitada.) ¡Ya verás! ¡ya verás qué cosa tan divertida! ¡Se volverán á unir! ¡Se marcharán, se olvidarán de todo, y yo me reiré, me reiré de la mejor guasa que he dado en mi vida; y, no te figures, en el fondo me alegraré, porque después de todo son dos buenos chicos, un poco tontos... pero, en fin... y su felicidad será obra mía, mía... de la loca... eso... de la loca. (Acaba por caer en un sillón sollozando.)

PEPE. ¿Lloras? Ninica, ¿lloras? ¿Te arrepientes? ¿Sientes perder á Eduardo, quedarte sola? (Se detiene un momento, mira á Ninica, se rasca la cabeza después sigue.) Recuerda que soy tu mejor, tu único amigo... de siempre... anterior á Eduardo, y si necesitas algo, yo... mi casa... si mientras decides otra cosa quieres venir á...

NIN. (Dejando de llorar, mirando á Pepe y rompiendo, por último, en una carcajada.) Á tu casa, ¿eh?... Aún no he acabado con... y ya... ¿Sabes que con vosotros no hay mal humor posible?

PEPE. Eduardo va á venir. Me marcho.

NIN. (Llevándole á la puerta de la izquierda.) No; escóndete ahí, y si oyes voces, sal.

PEPE. (Ya en la puerta.) ¿Y tú?

NIN. Qué, ¿tienes ya celos? Yo me quedo aquí, para hablar con Eduardo, para convencerme de... para... ¿No es ésta la última vez que nos encontraremos juntos?

PEPE. ¡Qué extraña eres, Nina! ¡qué extraña!

NIN. No sé por qué lo dices. Yo soy la de siempre. Una mujer que hace cuanto se le ocurre; unas veces se le ocurren barbaridades, y otras cosas buenas, pero en el fondo es lo mismo, y como soy espero que me entierren. Ea, escóndete y no armes ruido, porque entonces te juro que te rompo un hueso sin ayuda de nadie.

## ESCENA VIII

**Ninica, Eduardo.**

(Eduardo sale con sombrero puesto y gabán al brazo y se dirige hacia la puerta sin reparar en Ninica, que, al convencerse de que va á salir, tose ligeramente.)

EDUD. (Deteniéndose.) Nina, ¿estabas ahí? Yo creí que no había nadie en el cuarto.

NIN. Pues ya ves cómo hay alguien, y de mérito. ¿Vas á salir? ¿Te dura aún el coraje?

EDUD. Sí.

NIN. ¡Ya!

EDUD. (Sin saber cómo seguir.) Y tú ¿qué haces?

NIN. Lo estoy pensando. ¡Tienes una prisa que no parece sino que te espera alguien, ó que te vas para siempre.

EDUD. ¡Qué tontería! Si me fuera, te lo diría. Yo no soy de los que se marchan sin despedirse.

NIN. Entonces, ¿qué demonios te corren? Ven aquí, hombre, ven, siéntate. Charlaremos. ¿Me consideras tan bruta que no pueda entretenerte media hora? ¿O te dura aún el rencor por la pasada trifulca? ¿No ves que todo son cosas de este maldito genio mío?

EDUD. (Acercándose de mala gana.) ¡Tu genio! ¡Siempre has de ser la misma!... ¿Qué más quieres? ¿Qué más tienes que mandar?

NIN. (Tocándole la frente con los dedos.) ¡Quiero que se calme el jollín que hay ahí dentro! ¡Quiero recordarte cómo eras antes!

EDUD. ¡Ninica!

NIN. (Tapándole la boca con la mano.) Calla, calla, déjame disparatar, déjame decir todo lo que se me venga á la lengua. Hoy estoy de vena. Y si no, habla, contesta á lo que voy á preguntarte; pero contesta franca, lealmente, como contestarías delante del juez. ¿Crees que, aparte de las cosas de que no tengo culpa, me porto contigo bien, sigo siendo la misma que cuando me conociste hace tres meses?

EDUD. ¡Eres una perla, eres la única que!...

NIN. ¡Psh!... Poco, poco, lo suficiente nada más. Cuando piensas en el porvenir, en el día de mañana, ¿qué idea te formas de lo que será tu vida y del lugar que yo ocuparé en ella?

EDUD. (Decidido ) Soy aún muy joven, y no me gusta perder el tiempo pensando en bobadas.

NIN. ¡Ah!... ¡Ya me lo figuraba yo! Es verdad, eres aún muy joven. ¿Cuántos años tienes? Nunca me lo has dicho.

EDUD. Tengo veinticinco años.

NIN. ¡Veinticinco años! Me llevas uno. Chico, ¿y aún te parece que somos jóvenes? ¡Cómo pasa el tiempo!

EDUD. Ninica, ¿qué te sucede? ¡Nunca te he visto así!

NIN. Estate quieto, no te muevas. ¡Eduardo, Eduardo! (Jugando con los botones de la americana de él.) ¿Qué dirías si nos separásemos, si no me volvieras á ver?

EDUD. Nada, porque eso no sucederá, porque te tendré siempre delante, porque no nos separaremos nunca, porque todo en nuestra vida será igual siempre... ¡siempre!

NIN. (Acercándose más á él y estudiando en su fisonomía los cambios que producen sus palabras.) Sí, sí, muy bien, siempre... ¡siempre!... pero figúrate que por una casualidad... por una de esas cosas que ocurren... por un capricho mío... sí, eso es, por un capricho mío; ya ves, yo puedo tener caprichos, no es que los tenga, pero puedo tenerlos, ¿verdad? Te quiero, ¿sabes? te quiero, pero es un suponer, estamos hablando en broma... si por una causa cualquiera nos separásemos mañana, hoy... ahora mismo... ¿qué harías tú? ¿Conservarías un recuerdo agradable de mí? ¿pronunciarías mi nombre con reconocimiento? ¿te alegrarías en el fondo, ó lo sentirías?

EDUD. ¿Por qué me había de alegrar? ¿por qué había de pronunciar tu nombre con reconocimiento? ¿Qué estás cavilando?

NIN. (Muy bajo.) Sí hombre, porque quedándote libre, desapareciendo yo de escena, se quitaba el impedimento principal para que te reconciliases con tu mujer... á quien, por lo visto, no has olvidado.

EDUD. ¡Reconciliarme con ella! ¿Acaso lo solicito yo?

NIN. ¡Solicitarlo tú! ¡ni por pienso! ¡Si por salirte con la tuya eres capaz de dejar morir de pena á la pobre mujer!

EDUD. ¿Tú qué sabes? ¿Quién te ha contado esas historias de penas y felicidades?

NIN. Las mujeres no necesitamos que nos cuenten nada de eso. Nacemos enseñadas. Pobres ó ricas, honradas ó no, entendemos esas cosas sin palabras, las presentimos... las olemos.

EDUD. Bueno, basta de romance. Eres muy lista, te propusiste entretenerme media hora y lo has conseguido. Ahora, deja que me marche.

NIN. (Variando de modo de hablar y mostrándose imperiosa.)

¡Marcharte! ¡marcharte tú! ¿Estás loco? ¡Marcharte de mi lado! No: aquí, aquí pegado, amarrado junto á mí. Tú fuiste quien se instaló en mi casa, quien me unió á tu persona para siempre, ¿sabes? para siempre, hasta que seamos unos viejos; tú ya no tienes amigos, tienes solo amor, y tu amor soy yo; tú ya no tienes familia, porque tu familia soy yo; tu porvenir, tu vida, soy yo, yo sola.

EDUD. (Indignado) ¿Vuelves á las andadas? ¿Qué modos son esos? Ninica, ¿qué te sucede qué pretendes al hablarme así?

NIN. (Cada vez con mayor brío.) ¿Que qué pretendo? Cantarte la cartilla para que no se te olvide ya más. Me perteneces, me perteneces por completo. Si yo no quiero, no das un paso. ¿Qué te creías, que siempre ibas á hacer tu gusto y á fastidiar con tu egoísmo á los demás? Todavía no conoces tú, niño mío, la hembra que te has colgado del brazo.

EDUD. (Furioso.) ¡Ni la conozco, ni me importa conocerla, ni estoy dispuesto á admitir imposiciones de ningún género, y menos de una mujer como tú!

NIN. (Con fisga) ¿De veras? Abaja el *deo*, monín, no te vaya á dar reuma. ¿Crees que todas somos tan estúpidas como la sosa de tu mujer?

EDUD. Cuidadito, Nina, cuidadito con lo que se dice. Te prohibo hablar de lo que no eres digna siquiera de comprender.

NIN. Oye, ¿también me vas á coser la boca? Defiéndela, hombre.

EDUD. ¡Nina, Ninica, no me obligues á hacer un disparate!

NIN. ¿Disparates tú? ¿Pues no me adoras, no dices que soy la única persona que sabe comprenderte? ¿Á qué viene el indignarse porque te hable mal de tu mujer? ¿Te he dicho siquiera si se divierte ó no desde que tú la has dejado?

EDUD. (Fuera de sí y acercándose á Ninica como si fuera á pegarla.

¡Bribona! ¡Como digas una palabra más de una mujer á quien tú y yo tendríamos que hablar de rodillas, te abofeteo!

NIN. ¿Tanto la quieres?

EDUD. Sí, ¡la adoro! ¿Querías oirlo? ¡Pues ya lo sabes!

NIN. (Rompiendo en una carcajada y haciendo una transición brusca.) ¡Tonto! ¡tonto! ¡estúpido! ¡Por fin la soltaste, por fin dijiste lo que yo quería oir!... ¡Ah, idiota, y no has comprendido que todo era fingido para hacerte confesar lo que yo estaba casi segura que sucedía!... ¿Ves? Esa es otra de las cualidades de las mujeres, aun de las más imbéciles, la de engañaros cuando queremos. ¿Te figurabas que á mí me la dabas tú con esas pasiones y esas cosazas que me decías y que te empeñabas en sentir, cuando no hacías sino pensar en la otra? ¿Creías que yo era ciega para no notar la falta que te hacían las comodidades de tu casa? ¿Me juzgabas tan tonta que no me hiciese cargo de que mis caprichos y mis bromas, que antes te encantaban, ahora te aburrían? Pues ahí verás, yo, que no tiene el diablo por dónde cogerme, y que no vayas á imaginar que por ésta escarmiente, he arreglado un plan para reconciliaros á ti y á tu mujer... sí, sí, para reconciliarte con ella: no en balde me llamáis Nina la loca.

EDUD. (Con incredulidad.) ¿Tú? ¿tú?

NIN. Sí, yo, yo; qué, ¿te choca? ¿Quieres saber cómo? Pues muy sencillo. Con un recadito, nada más que mandándole un recadito, pero con las de Caín. Cuatro palabras, bien preparadas, eso sí, para decirle que estás gravemente enfermo, que te mueres, que los médicos te han desahuciado y que lo pongo en su conocimiento á fin de que haga lo que le parezca.

EDUD. ¿Y te has atrevido?

NIN. ¿Por qué no? Hace ya un buen rato que tu adorado tormento debe saber la noticia de

tu mal. No tardarás dos minutos en verla aparecer por esa puerta.

EDUD. ¿Imaginas qué?... No, no vendrá. La conozco muy bien, no vendrá. ¡Está salvada!

NIN. ¡No vendrá! ¿Y eso lo dices con alegría ó con tristeza? Tu amor hacia ella ha resucitado desde que has sabido que te quería, no como una muñeca, sino como una mujer, que su conducta anterior era de puro quererte, de modo que mi recado es una prueba terrible; si le recibe y no viene, es que todas esas pasiones son palabrería y que puede más en ella el orgullo que el cariño; en cambio, si viene, es la demostración más clara de que te adora y de que todo lo sacrifica y atropella por ti. ¿Has visto qué lista es la Ninica? ¿Qué prefieres ahora, que venga ó que no venga?

EDUD. ¡Calla! ¡calla! No sé qué sentimiento, qué interés te habrá movido á obrar de la manera que dices y á meterte en lo que para ti debía ser sagrado. Lo que me irrita, lo que me desespera, es que tengas una idea tan pobre de mí, que pienses que valgo tan poco, que mi honor, mi nombre, los sentimientos más nobles de mi alma, sirvan para que juegues con ellos como si fueran un capricho más. ¿Puedes admitir por un momento que yo me preste á esa comedia infame que con tanta habilidad has preparado? ¿Quieres que yo alcance por engaño lo que puedo solicitar cara á cara? ¿Imaginas que es verosímil que yo consienta en que mi mujer, hazte bien cargo de lo que digo, *mi* mujer, á quien es cierto que adoro, pise esta casa, respire este ambiente y me perdone en este cuarto, donde cada mueble, cada detalle ha de ofenderla y destruir en su corazón el resto de cariño que por mí sienta? (Rumor fuera. Pepe Orense aparece por la segunda puerta de la izquierda.)

NIN. (Atónita.) ¡Naturalmente! ¿No es para vuestro bien? Pues si al fin lo conseguís, ¿qué más da recibirlo de unas manos que de otras?

¿Qué más da conquistarle en un sitio que en otro?

EDUD. ¿Es ésa tu manera de razonar? ¿No ves más que eso? Pues bien, yo sabré evitar la vergüenza que me anuncias, yo lograré impedir que tus planes se realicen. (Toma su abrigo y sombrero y dirígese á la puerta al mismo tiempo que ésta se abre y aparece en ella la Cosquillas.)

## ESCENA IX Y ULTIMA

**Dichos,** la **Cosquillas, Pepe Orense,** después **Mercedes** y **Vicenta.**

PEPE. (Que ha escuchado el rumor de fuera detiene á Eduardo ¡Eduardo, espera!

COSQ. ¡Ahí están, ahí vienen!

NIN. Y EDUD. (Cada uno en un tono distinto.) ¡Ah! (Eduardo se dirige hacia la puerta en el momento de aparecer en ella, pálida y demudada, Mercedes.

MERC. (Dentro.) ¡Dejadme! ¡Tengo valor!... ¡Quiero verle! ¡Dónde está! ¡dónde está! ¡quiero verle! (Reconociendo á su marido y cayendo en sus brazos.) ¡Eduardo!

EDUD. (Sujetándola en sus brazos.) ¡Fuera! ¡No entréis! ¡Fuera de aquí! ¡Mercedes, Vicenta, vamos!

VIC. (Adelantando y uniéndose al grupo de Eduardo y Mercedes.) ¿Qué ocurre?

MERC. ¡Explícame!

EDUD. ¡Qué explicación más clara que haber venido tú á esta casa en busca mía y salir yo de ella llevándote en mis brazos! ¡Vamos! (Llevándola hacia la puerta. Al llegar cerca de ella Mercedes se desmaya.)

NIN. (Dando algunos pasos hacia Eduardo y hablando emocionada. ¡Eduardo!

VIC. (Atendiendo á Mercedes y sin hacer caso de Ninica.) ¡Se ha desmayado! Al coche, al coche. (Desaparecen por el fondo.)

NIN. (Emocionada aún.) ¡Eduardo! (Corriendo hacia la puerta.) ¡Eduardo! ¡Una palabra! Fuí yo, yo la que... (Con extrañeza viéndoles desaparecer.) ¡Se va, se va sin mirarme!

PEPE. (Acercándose á ella.) ¡Cómo te iba á hablar delante de su mujer! ¡Ten paciencia! ¡Mañana te lo agradecerán los dos!

NIN. (Como hablando consigo misma.) No: mañana se reirán de mí... como hoy. ¡Y pensar que sin mí hubiesen seguido rodando cada uno por su lado! (Hablando ya sin pasión.) ¿Será que el bien, por salir de mis manos, cambia de manera de ser y se convierte en mal ó en vergüenza?

PEPE. Ninica, no te pongas así... (Ninica vuelve lentamente á primer término.)

NIN. Déjame en paz. (Arreglándose la bata y concluyendo por cruzar los brazos y sentarse con la mayor naturalidad.) Después de todo, para mí, la vida es cuestión de momentos, y, en éste, me encuentro la única persona decente de todos vosotros.

COSQ. (Mirándola con conmiseración cariñosa.) ¡Siempre haciendo y diciendo locuras! ¡Pobre Nina! ¡Pobre loca!

TELÓN

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

**Obras históricas:**

| | Pesetas. |
|---|---|
| *Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo* | 20 |
| *Luisa Isabel de Orleans y Luis I.* | 3,50 |

**Novelas:**

| | |
|---|---|
| *Lully Arjona* | 3,50 |
| *La Conquista de la Elegancia* | 3,50 |

Para los pedidos de estas obras, dirigirse á la librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.